

COLLEZIONE

2
CIÓ

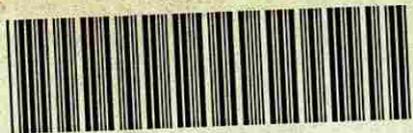
H. FEUILLET

EL
DIVORCIO
DE JULIETA

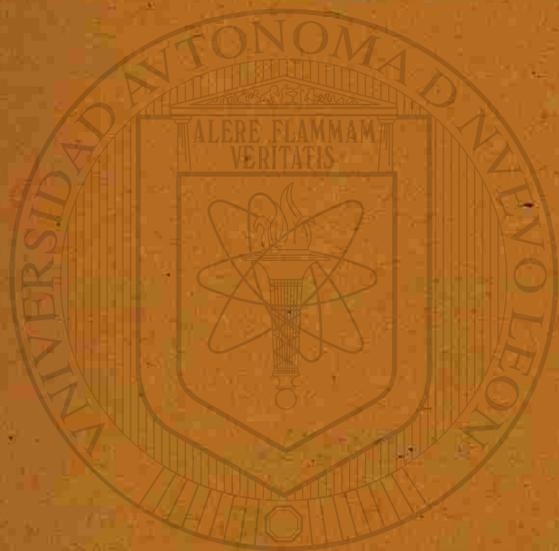
Carribebelis y Scilia
El cura de Bouffon

PQ2242
D58

SOA
FAR

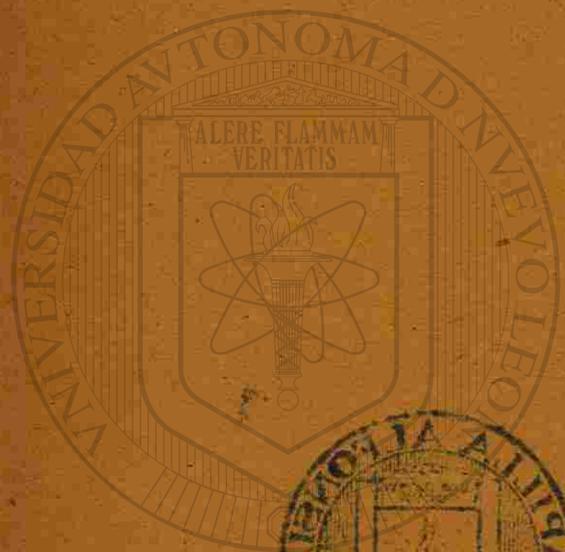


1020026420



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

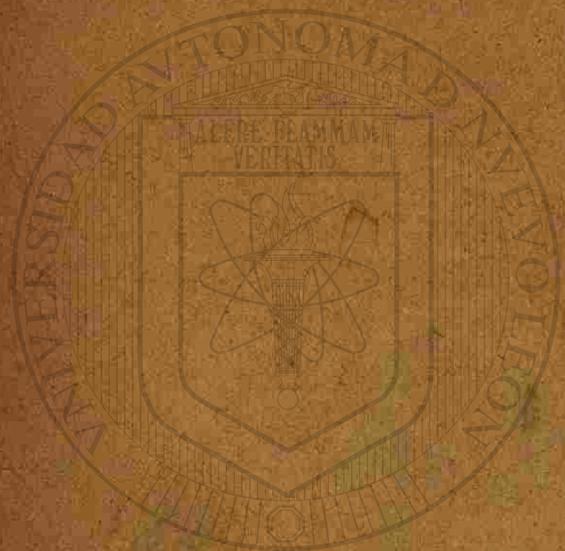
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL DIVORCIO DE JULIETA

842.8
F426
30159
-8-

Núm. Cies _____
Núm. Anos _____
Núm. Aca. _____
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____



OCTAVIO FEUILLET

DE LA ACADEMIA FRANCESA

EL DIVORCIO DE JULIETA

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS

VERSION CASTELLANA

DE

C. VIDAL



098877

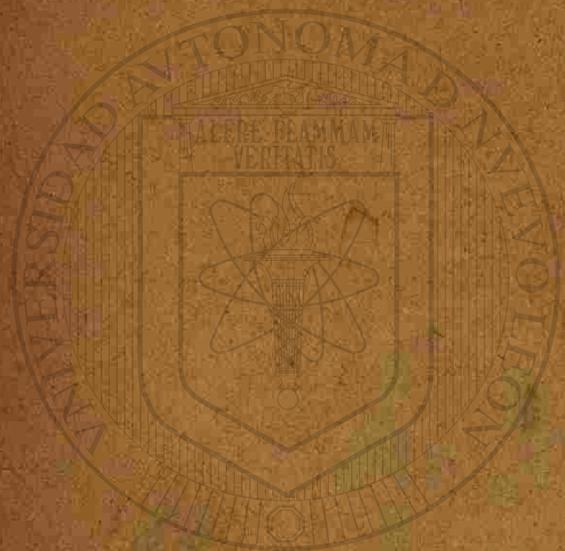
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA

"ALFONSO GARCIA"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
ARCO DE SANTA MARÍA, 41, MADRID

30159

1889



OCTAVIO FEUILLET

DE LA ACADEMIA FRANCESA

EL DIVORCIO DE JULIETA

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS

VERSION CASTELLANA

DE

C. VIDAL



098877

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA
"ALFONSO GARCIA"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
ARCO DE SANTA MARÍA, 41, MADRID

30159

1889



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
exige la ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID: 1889.—Imp. de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.*

Teléfono 934.

PERSONAJES

ROGER D'ÉPINOY, treinta años.

PEDRO DE RHODAS, abogado, treinta y dos años.

EL PRÍNCIPE DE CHAGRES, cuarenta y cinco años.

SARTIGNY, cuarenta años.

JULIETA D'ÉPINOY, veintidós años.

CLÓTILDE, Princesa de Chagres, treinta años.

BAUTISTA, criado.

LUISA, doncella.



ACTO PRIMERO

PRIMER CUADRO

El escenario representa una plazoleta en el parque del castillo de Epinoy. Algunas sillas rústicas y una mesita campestre. Bosquecillos, estatuas y senderos que dan vuelta. Es de noche. En el fondo, á la izquierda, se percibe un ala del castillo, de cuyas ventanas salen torrentes de luz. Una puerta vidriera, precedida de algunos peldaños, da acceso á los salones. Por el parque brillan aquí y allá farolitos á la veneciana. De cuando en cuando se oye una orquesta que ejecuta bailables.

De Epinoy, de Rhodas, el Príncipe de Chagres y Sartigny, en traje de etiqueta, se pasean por el fondo, fumando. Aparecen y desaparecen detrás de los árboles. En primer término están Julieta y la Princesa, ambas en traje de baile y cubiertas con abrigos adecuado al traje. La Princesa contempla vagamente las iluminaciones del parque, á las que dos criados dan la última mano. Julieta vigila á los criados y les da órdenes.

ESCENA PRIMERA

LA PRINCESA *(con aire distraído)*.

Esto está muy bien... muy bonito.

JULIETA

¿Verdad que sí? A mí me encantan los farolitos colgados de los árboles.

LA PRINCESA

Si, es muy poético... pero haced que no iluminen demasiado... Es preciso dejar algo en la sombra para los aficionados á ella.

JULIETA (*sonriendo*).

Pensáis en todo, Princesa... (*Dirigiéndose á un criado.*) Basta, no hacen falta más luces en la plazuela, Bautista... Colocad algunos farolitos en los alrededores del estanque é iluminad también un poco la casa de los cisnes...

BAUTISTA

Está muy bien, señora.

(*Los criados se alejan, llevándose los farolitos.*)

ESCENA II

LA PRINCESA, JULIETA

LA PRINCESA

¿De modo que esperáis mucha gente?

JULIETA

Si... á toda la que se puede esperar en el campo... Asistirán, en primer lugar nuestros huéspedes, y vendrán además algunos amigos de París y todos los de los alrededores... Mi marido ha sido tan amable que me ha permitido extender un poco las invitaciones, por más que esto le desespera... pero sabe lo aficionada que soy á esta clase de fiestas y...

LA PRINCESA

Y no puede rehusaros nada... es muy natural. (*Confidencialmente.*) De modo que eso continúa siempre muy bien, ¿no es cierto?

JULIETA

¿El qué? querida Princesa.

LA PRINCESA

¿Qué ha de ser? Vuestro matrimonio... Ya sabéis que tengo derecho á interesarme por que así sea.

JULIETA

Ya lo creo; y sería yo muy ingrata si os negase ese derecho... ¿No ha sido obra vuestra nuestra boda? En realidad vos habéis sido quien me ha casado.

LA PRINCESA

No tengo por qué negarlo... pero creed, querida mía, que no he hecho con vos más que lo que hubiera querido que hiciesen conmigo... Os vi juntos, y me dije: he aquí dos seres, deliciosos ambos, que han sido evidentemente creados el uno para el otro. Pues bien, ¡Dios mío!, unámoslos... y bendigámosles... ¡Es tan raro encontrar parejas tan iguales!... Sin embargo... hubiera podido equivocarme á pesar de mis excelentes intenciones... Creo conocer bien al señor d'Épinoy... pero es lo cierto que no se conocen nunca con seguridad los pensamientos íntimos de estas gentes de tan correcta apariencia... Por eso

me encanta saber por vos misma que os hace completamente dichosa...

JULIETA

Completamente.

LA PRINCESA

¿No hay ninguna nubecilla?

JULIETA

Ni siquiera ha habido la sombra de una... en los dieciocho meses que llevamos de matrimonio.

LA PRINCESA

Admirable... Vos ¿le queréis mucho?

JULIETA

Muchísimo.

LA PRINCESA

¡Pobre niña!... ¡sois un ángel!... Y él, ¿os corresponde?

JULIETA

Creo que sí... Ciertamente es que apenas me lo dice... pero ya sabéis que no son propias de su carácter esas expansiones.

LA PRINCESA

Vamos, es un poco frío.

JULIETA

¡Ah! no... frío precisamente no... pero... ya le conocéis... es poco comunicativo... algo reservado y un

tanto burlón... en fin, yo le amo tal como es... y comprendo que, en el fondo, es muy cariñoso...

LA PRINCESA

Eso es lo principal.

JULIETA

Así lo creo, querida Princesa... No negaré que me gustaría verle salir, algunas veces, de su reserva... oírle murmurar, de cuando en cuando, á mi oído frases agradables, como las que en estos casos se dicen en el teatro... ¡Oh! sí, sí, me gustaría mucho... pero al fin y el cabo él es bueno, es digno, es caballero... yo le encuentro encantador, soy muy dichosa (*cogiéndole las manos*) y os agradezco y os agradeceré siempre la parte que habéis tomado en mi felicidad.

LA PRINCESA (*besándola en la frente*).

Querida mía... me es bien agradable escuchar tales noticias...

¡Pobre de mí! Ya sabéis que en punto á felicidad, me veo obligada á refugiarme en la de los demás.

JULIETA

Pero, Princesa...

LA PRINCESA

¡Oh! es indudable que no tengo agravios serios contra el Príncipe, que es un perfecto caballero y que positivamente no tiene defectos graves... sólo tiene extravagancias, pero son extravagancias inso-

portables... Esa manía, por ejemplo, de contarme sus triunfos, sus aventuras galantes anteriores á nuestro matrimonio... para probarme hasta qué punto era adorable é irresistible... ¿Qué me importa á mí ¡Dios mío! que lo haya sido, si no lo es ya?... Y además, esos inconcebibles celos, que niega tan rotundamente, pero que en realidad empozoñan su vida y la mía... Siempre vigilándome, mirándome constantemente á los ojos, á fin de ver en ellos si le engaño... ¡Creo que llegará un día en que se haga peligroso!... ¡Ah! heleaquí... Por lo demás, excelente, ¡inmejorable!

ESCENA III

(Entran el Príncipe, de Epinoy, de Rhodasy Sartigny).

EL PRÍNCIPE

¡Ah! ¡Querida, os buscaba!

LA PRINCESA

Lo presumía, amigo mío.

EL PRÍNCIPE

Temía que os enfriáseis...

LA PRINCESA

No, por cierto.

EL PRÍNCIPE

Verdad es que la noche está notablemente hermosa para encontrarnos, como nos encontramos, en el fin del otoño.

JULIETA

Sí; me da lástima tener que volverme á la casa.

EL PRÍNCIPE

¡Cómo! ¿No os quedáis un momento con nosotros?

JULIETA

No, querido Príncipe... en primer lugar, porque no me agradan los hombres cuando acaban de levantarse de la mesa. Suelen estar demasiado amables... Y además, porque empiezan á llegar carruajes... y tengo que cumplir mis deberes. *(A de Rhodas.)* Y bien, Pedro, ¿qué os parece la iluminación?

DE RHODAS

¡Magnífica! Cualquiera creería encontrarse en el café de Embajadores.

JULIETA

¡Insolente! ¿Venís, Princesa?

LA PRINCESA

Sí, querida; os sigo.

DE EPINOY

Dispensad, Princesa... ¿Os dignáis concederme el honor de bailar conmigo el primer vals?

LA PRINCESA

Preguntádselo á mi marido.

EL PRÍNCIPE

¿A mí? ¡Vaya una broma! ¿Desde cuándo necesi-

táis mi permiso para conceder un vals? ¡Cualquiera diría que os proponéis ponerme en ridículo!

LA PRINCESA (*á de Epinoy*).

Entonces, concedido.

(*La Princesa y Julieta se alejan y entran en el castillo.*)

ESCENA IV

EL PRÍNCIPE, DE EPINOY, DE RHODAS Y SARTIGNY

EL PRÍNCIPE (*sentándose*).

Es una verdadera manía la que tiene la Princesa de hacer que me crean celoso... á mí, que soy, no diré indiferente... pero sí confiado como un niño... hasta el punto de que algunas veces me reprocha la razón el llevar hasta el exceso esta confianza... porque al fin y al cabo, preciso es confesar que los antiguos calaveras de los boulevares, como vosotros, y como yo... que conocen el fondo y el doble fondo de las cosas, y que á pesar de eso se atreven á casarse, dan una gran prueba de valor.

SARTIGNY

¿Cómo?

DE RHODAS

¿Por qué, querido Príncipe?

EL PRÍNCIPE

Seamos francos, señores; existen en el mundo mu-

eres más ó menos difíciles... esto es indudable; ¿pero las habéis visto jamás imposibles? ¿Habéis encontrado en vuestra vida alguna mujer que haya resistido á un sitio continuado con habilidad y perseverancia? Yo, por mi parte, jamás... ni vosotros tampoco.

DE EPINOY

¡Oh! dispensad.

SARTIGNY

Eso es un poco absoluto, querido Príncipe.

EL PRÍNCIPE

¡Ni vosotros tampoco, ea!... Pues bien; seamos lógicos. Si la experiencia nos demuestra tan claramente que no existe ninguna mujer incorruptible, ¿cómo podemos figurarnos que ha de serlo la nuestra? Por supuesto, que no digo esto por la Princesa... que es, verdaderamente, una mujer excepcional; pero es lo cierto que no todos podemos enorgullecernos de habernos casado con excepciones.

DE RHODAS

Es preciso rechazar esas ideas, querido Príncipe.

EL PRÍNCIPE

Si yo las rechazo... ó por mejor decir, no tengo necesidad de rechazarlas, porque no me asaltan, ó al menos es preciso que reflexione sobre ellas para que acudan á mi imaginación. Hay más; puedo asegurar que de persona determinada—¡esto sí que es curio-

so!—de persona determinada no he tenido celos más que una vez en mi vida.

DE RHODAS

¡Hola, conque una vez habéis estado celoso! ¿Y cómo fué eso?

EL PRÍNCIPE

Sí, una sola vez; y os váis á admirar todos al saber de quién: del bueno de Epinoy, que está presente.

DE EPINOY

¿De mí, Príncipe?

EL PRÍNCIPE

Sí, por cierto... ocurría esto algún tiempo antes de vuestro matrimonio... hace dos años. Yo ignoraba entonces vuestras pretensiones á la mano de la señorita de Cerences, vuestra encantadora esposa en la actualidad... Ignoraba también que la Princesa se hubiese encargado de facilitar este matrimonio... Ya sabéis que á las mujeres les agrada mucho el misterio, sobre todo en esas materias... En una palabra, vuestra asiduidad en aquella época, vuestras tiernas actitudes... mil circunstancias, empezaban á despertar mi atención, cuando vuestro matrimonio vino á explicarlo todo, con gran honor para vos y gran confusión para mí... Os debía esta confesión, querido amigo... *(Se estrechan la mano, sonriendo.)* Como os decía, esta es la única vez que he tenido la sombra de una veleidat celosa.

DE RHODAS

¡Dispensad, Príncipe; pero he oído decir que os habiais batido en Florencia hace tres años, matando á vuestro rival!

EL PRÍNCIPE *(discretamente)*.

¡Sí... fué un asunto bien desgraciado! Borgo Forte, ¿no es cierto? ¡Sí... pobre muchacho, pero no fué en modo alguno por cuestión de celos!... ¡Se trataba de un asunto enteramente distinto... de una mala inteligencia... de una disputa de club! Lo sentí mucho. *(Levantándose.)* ¡Ea! señores, ¿vamos á ver bailar á las señoras?

DE EPINOY

Os acompaño, Príncipe... Tengo también que cumplir mis deberes en el salón.

EL PRÍNCIPE *(dándole el brazo)*.

Sí, es preciso que hagáis los honores de la casa... ¡y no olvidéis que estáis comprometido para el primer vals con mi mujer! *(Entran en el castillo.)*

ESCENA V

SARTIGNY, DE RHODAS

SARTIGNY

¿Sabéis, de Rhodas, que nuestro amigo de Epinoy representa un papel muy poco correcto con este estúpido?

DE RHODAS

¿Qué papel? No comprendo...

SARTIGNY

¡Ah! ¡ya!... ¿Tenéis lumbre? (*encendiendo de nuevo el cigarro*). De Epinoz tiene aquí una bonita propiedad... Con esa herencia ha doblado su fortuna, y —dicho sea de paso— á vos es á quien se lo debe.

DE RHODAS

Se lo debe á su tío, de quien era legítimo heredero.

SARTIGNY

Sí; pero le disputaban la herencia... había dificultades... un testamento—una captación,—no sé cuántas cosas... el caso es que se originó un pleito y que vos defendísteis á de Epinoz y ganásteis el asunto.

DE RHODAS

Sin tener en ello ningún mérito; estaba de su parte toda la razón.

SARTIGNY

Creo, por el contrario, que habéis tenido gran mérito... no solamente habéis hecho gala de vuestro gran talento, como siempre... sino que habéis dado pruebas de extremada generosidad.

DE RHODAS

¿De generosidad?

SARTIGNY

Si soy indiscreto, amigo mío, me callaré... pero creía poder hablar con vos con toda franqueza.

DE RHODAS

Así es; podéis, por tanto, decir cuanto se os ofrezca.

SARTIGNY

¡Pues bien! Sé, como lo sabe todo el mundo, que habéis sido siempre amigo íntimo de la familia de la señorita de Cérences, en la actualidad señora de Epinoz; y, como la generalidad de las gentes, supongo que habiais concebido por ella sentimientos que es ciertamente muy apropiado para inspirar...

DE RHODAS

Todo eso es exacto, y mis sentimientos no han cambiado en nada... Quiero muy de veras en la actualidad á la señora de Epinoz, del mismo modo que quería antes á la señorita de Cérences.

SARTIGNY

¡Pues bien! Os repito que habéis dado pruebas de la mayor generosidad, consagrando vuestros cuidados y vuestro talento á servir los intereses de su marido.

DE RHODAS

Os haré observar, Sartigny, que sirviendo á los intereses del marido servía también á los de la mujer... Además, debo deciros que el que la señorita

de Cérences me postergase á de Epinoy, ni me ha sorprendido ni me ha contrariado tanto como os hubiera sorprendido y contrariado á vos, si os hubiéseis encontrado en mi lugar... Aunque mi fortuna y mi posición social me permitían aspirar, sin ponerme en ridículo, á la mano de la señorita de Cérences, no se me ocultaba que mi profesión de abogado—que he elegido por gusto—no es de las que más hablan á la imaginación de las mujeres... Aún hay más: váis á conocerme á fondo, querido amigo: he tenido desde joven el buen sentido de comprender que cierta fatalidad de la naturaleza me impedía desempeñar los primeros papeles cerca del bello sexo; que he nacido para los papeles secundarios... En vista de ello, me he acostumbrado—cosa que os parecerá bien rara—á quererlas por ellas y no por mí, en provecho suyo y no en provecho mío... Algunas veces me hace sufrir encontrarme reducido á este modesto empleo; pero, en cambio, me veo libre de muchas miserias y de muchos remordimientos, que hubieran sido para mí muy sensibles... Os citaré como ejemplo un detalle: á todas horas veo al amante de una mujer estrechar con rostro sonriente la mano de su marido... Pues bien: esto sería infinitamente penoso para mí.

SARTIGNY

Pero ¿cómo diablos queréis que se haga otra cosa? No es cosa de decirle al desgraciado: “¡No me toquéis... no me toquéis! Soy el amante de vuestra mujer!..”

DE RHODAS

¡Convenido!... Pero os confieso que me admira lo que un hombre que pasa, con razón, por un perfecto caballero en las relaciones comunes de la vida, cree poder permitirse en el terreno especial de la galantería. En ese terreno todos los procedimientos le parecen legítimos... todos los medios le parecen buenos para turbar la paz de una familia; para sorprender sus secretos y propagar la discordia; para aprovechar las ocasiones y provocarlas cuando le conviene; para apresurar el naufragio y recoger los despojos... En una palabra: el hombre galante no reconoce ni privilegios, ni escrúpulos, ni moral, ni bien, ni mal, en cuanto se trata de los derechos superiores y sagrados de su amor... ¿No os parece esto sorprendente?

SARTIGNY

¡Quien me sorprende sois vos... querido amigo! ¿Cómo no habéis observado que en el amor, como en la guerra, se hallan en suspenso las leyes regulares de la moral, por una convención universalmente admitida? ¡Esto es elemental, amigo mío!... Voy á poner un sencillo ejemplo: nunca se os ocurrirá la idea, en tiempo de paz, de detener á un cartero en la calle y quitarle las cartas que lleva... mientras que en tiempo de guerra lo consideraréis como un deber... En la vida ordinaria el que espía es un miserable... en tiempos de guerra es un patriota y á veces un héroe, un mártir... Lo mismo ocurre en el

amor... todos los días aplaudís en el teatro engaños, verdaderas pilladas de enamorados, que caerían bajo la acción de los tribunales si no estuvieran legitimadas por su objeto... El público queda encantado al ver que se deshonra á un marido, que se roba á un tutor ó que se engaña á un padre... Tan general es la convicción de que el amor, como la guerra, da lugar á inmunidades casi indefinidas... Esta es la verdadera teoría en la materia, querido amigo; esta era la de los enamorados á quienes la historia hace más simpáticos desde el Rey David hasta Enrique IV, y esta es la mía.

DE RHODAS

¡Pues es elástica! ¿Y no os desagradaría aplicarla aquí?

SARTIGNY

¿Aquí?

DE RHODAS

¡Sí!... ¿Aquí... en esta casa?

SARTIGNY

¿Cómo podéis suponer en mí tan negros pensamientos? ¡Un matrimonio tan ejemplar!... Un marido que tiene la ventaja y el buen gusto de poseer á la vez una mujer bonita, que es un modelo de virtud, y una querida que es un modelo de lo contrario... ¡Si esto es la perfección!... ¡Sería verdaderamente criminal turbar una dicha tan completa, tan pura, tan respetable!... ¡Silencio!

(JULIETA aparece en el fondo y se detiene mirando á su alrededor; reconoce á de Rhodas y se dirige hacia él, diciéndole):

¡Ah! de Rhodas, os buscaba... He recordado de pronto que nos abandonaréis esta noche... y tengo que daros un encargo para París... Con vuestro permiso, señor de Sartigny... dos minutos tan sólo.

(SARTIGNY saluda y se aleja.)

ESCENA VI

JULIETA, DE RHODAS

DE RHODAS

¡Un encargo!... ¡Estoy á vuestras órdenes!...

JULIETA (después de asegurarse de que Sartigny se ha alejado y no puede oírle).

¡No se trata de eso!... ¡Estoy loca, amigo mío!

DE RHODAS

¿Pues qué ocurre?

JULIETA

La fatalidad ha venido á herirme repentinamente... en plena fiesta, en plena confianza, en plena dicha.

DE RHODAS

Pero ¿qué es ello?

JULIETA (entregándole una carta).

Esta carta, que me han entregado al levantarme de

la mesa... y que no he podido abrir hasta ahora mismo... ¡Leed!

DE RHODAS (*tomando la carta*).

Veamos... Un anónimo... ¡Oh! (*Leyendo*.) "Uno de vuestros más antiguos y de vuestros más verdaderos amigos no puede sufrir que se engañe á una mujer como vos y se la haga víctima de una traición que acabaría por agriar vuestra existencia. El señor de Epinoy es, desde hace tres años, el amante oficial de vuestra mejor amiga. Nadie lo ignora en París más que el Príncipe y vos..." (*Doblando la carta*.) ¡Cómo! ¿Y es esta tontería la que os ha preocupado hasta ese punto?

JULIETA

Pues qué, ¿no es vuestra la carta?

DE RHODAS (*después de una pausa de admiración*).

¡Oh, señora!

JULIETA

Dice, como véis: "Uno de vuestros más antiguos y de vuestros más verdaderos amigos..." Yo no tengo ningún amigo más antiguo ni más verdadero que vos...

DE RHODAS

Peró, ¿no comprendéis que lo que se dice en esta carta es una abominable calumnia?... Es, sin duda, una indigna maniobra de algún enamorado poco escrupuloso, que se propone despertar vuestros celos con el fin de abusar de ellos... También pudiera ser

de alguna mujer que ame á vuestro marido, y quiere sembrar la discordia en vuestro matrimonio... Estas son pequeñas infamias, muy corrientes en sociedad... Por lo demás, la carta es hasta ridícula... Los malvados ó las malvadas que descienden á semejantes miserias deberían, al menos, escoger calumnias verosímiles... Porque vos sabéis que la Princesa ha sido la que ha dado los pasos necesarios para vuestro matrimonio con de Epinoy, ¿no es cierto? ¿Cómo podéis, pues, creer que si ella hubiese estado enamorada de vuestro marido, le hubiera arrojado así en vuestros brazos?... ¿Es esto posible?... ¿Es esto natural?... Vos, que sois mujer... ¡juzga!

JULIETA

Cierto... pero ocurren cosas tan raras en el mundo... He recibido ya tantas sorpresas en el corto espacio de tiempo que llevo casada... Ya véis... dice que es público... que todo el mundo lo sabe... y ahora que me han abierto los ojos, recuerdo mil detalles... mil frases raras... equivocadas... Pedro, decidme la verdad, os lo suplico.

DE RHODAS

No hago otra cosa, amiga mía.

JULIETA

¡Luego ha desaparecido el profundo afecto, la tierna simpatía que antes os ispiraba!

DE RHODAS

Nunca ha sido tan vivo como ahora mi afecto por

vos, y puesto que me obligáis á ello, os diré que hace mucho tiempo que me habéis inspirado un amor tierno y respetuoso, del que no creo estar bien curado aún... Por eso mismo debéis creerme, sin dudar un punto, cuando os digo que esta carta es una grosera calumnia... porque si yo abrigase la más ligera duda, ¿cómo había de poder resistir á la tentación que me ofrecéis?... Reflexionad que sería el ideal, para un pobre diablo de enamorado como yo, tomar parte en vuestras sospechas, compartir vuestras penas y tratar de mitigarlas... Pero no puedo hacerlo... porque si bien es cierto que os amo... amo aún más á la verdad y al honor... ¿me creéis ahora?

JULIETA

¡Sí; pero si me engañáis, llegaré á saberlo más tarde ó más temprano, y no os lo perdonaré nunca.

DE RHODAS

Corro ese riesgo con el mayor gusto... Y para terminar, permitidme que os dé un consejo: id á bailar tranquilamente, quemad ese asqueroso papel en uno de los farolillos que alumbran el parque y no volváis á pensar en su contenido... y sobre todo, no habléis de él á vuestro esposo... el hacerle pensar en el mal le estimularía tal vez á ejecutarlo... (*Sacando el reloj.*) Os ruego que me dispenséis... pero me marchó; no quisiera perder el tren.

JULIETA (*tendiéndole la mano.*)

Buen viaje, amigo mío. Muchas gracias.

DE RHODAS

No hay que hablar más del asunto, ¿eh?

JULIETA

No... decidme: ¿no sospecháis quién habrá escrito este billete?...

DE RHODAS (*después de un momento de duda.*)

No... buscad entre vuestros amigos... entré aquellos á quienes estiméis menos... ¡adiós!

JULIETA (*sola un momento y pensativa.*)

...¡Con qué interés me interrogaba hace un momento... aquí mismo!... ¡Cómo me abrumaba á preguntas acerca de mi... de mi marido... de nuestra felicidad... y no era esta la primera vez!... (*Después de un silencio.*) Entre mis amigos... entre aquellos de mis amigos á quienes menos estimo... me parece que no conozco á nadie que sea capaz...

(*Aparece Sartigny en el fondo.*)

SARTIGNY

¿Aún aquí, señora?... ¿y sola?

JULIETA

¡Sí; me volvía adentro... acaba de partir de Rhodas.

SARTIGNY

¿Permitís que os acompañe hasta el castillo?

JULIETA

Con mucho gusto... Tanto más cuanto que tengo que hablar con vos.

SARTIGNY (*inclinándose ligeramente*).

¡Ah!

JULIETA

Sí... muy formalmente... Señor de Sartigny, entre la multitud de galanterías que habéis tenido á bien dirigirme durante esta temporada, una ha llamado particularmente mi atención: cuando yo sonreía al escuchar vuestras sentimentales protestas, me habéis dicho que casi deseariais verme desgraciada, á fin de que pudiese poner á prueba vuestra amistad... Así me lo habéis dicho, ¿no es cierto?

SARTIGNY

Sí, así he debido decíroslo, porque así lo pienso.

JULIETA

¡Pues bien! Vuestros deseos se han realizado... Soy muy desgraciada y apelo á vuestra amistad.

SARTIGNY

Mi amistad está pronta para seros útil.

JULIETA

Vamos á ver. Vos estáis, como nadie, en las interioridades del gran mundo; vos conocéis todos sus misterios, todas sus intrigas... ¡Pues bien! ¿Es cierto

que se habla públicamente, en sociedad, de un devaneo, de un lazo amoroso que había precedido á mi matrimonio, y que ha continuado después de él, entre una de mis amigas y otra persona ligada á mí por vínculos muy estrechos?

SARTIGNY

¡Señora! No sé si entiendo bien vuestra pregunta.

JULIETA

La entendéis perfectamente; pero os preguntáis si debéis contestar á ella... ¡Y bien! ¡Si todas vuestras protestas no son ridículas palabras de la más vulgar galantería, si deseáis realmente ser mi amigo, respondedme... libradme de esta angustia que me devora, y á la cual os juro que prefiero mil veces la certidumbre.

SARTIGNY

¡Oh, Dios mío! Me desesperáis, señora... porque toda la amistad del mundo no puede nada contra el estado de espíritu en que tengo el sentimiento de encontraros... ¿Qué puedo yo deciros? No me habéis de dar crédito. Debo afirmaros—porque esa es la verdad—que es la primera vez que he oído hablar de los extraños rumores á que aludís... pero estoy seguro de que no habéis de creerme, de que habéis de continuar en la persuasión de que lo sé todo, de que sólo la delicadeza paraliza mi lengua... y vuestra ansiedad continuará en el mismo estado, sin que me sea dable aliviarla.

JULIETA (*aniquilada y como hablando consigo misma*).

¡Es cierto!... ¿Mas qué hacer? ¡Porque yo no puedo vivir así!

SARTIGNY

¡Ah! ¡Dios mío! ¡Qué desgracia que no os hayáis encontrado á mi lado hace un instante!... La Princesa y de Epinox se habían sentado un momento bajo aquel arco en que hay una estatua de Diana, según creo... Yo cruzaba por el paseo, por detrás de los arbustos... he oído, á pesar mío, su conversación, y os aseguro que jamás he escuchado ninguna más inocente.

JULIETA (*designando el fondo del parque*).

¿Están aún allí?

SARTIGNY

Es probable.

JULIETA

Vamos á verlo.

(*Se alejan ambos.*)

ESCENA VII

Bajo la arcada de arbustos situada en el fondo. Un banco rústico.

LA PRINCESA y DE EPINOX, JULIETA y SARTIGNY (*ocultos estos últimos tras de los arbustos*).

DE EPINOX

¿Sentís frío? ¿Queréis que nos volvamos al castillo?

LA PRINCESA

Todavía no; os lo ruego... ¡Son ahora tan poco frecuentes nuestras entrevistas!...

DE EPINOX

Vos lo habéis querido así.

LA PRINCESA

Era preciso.

DE EPINOX

¡Ah! ¿Por qué no me habréis dejado conservar mi independencia?

LA PRINCESA

Os hubiera matado mi marido.

DE EPINOX

Eso lo hubiéramos visto.

LA PRINCESA

O me hubiera llevado al extranjero.

DE EPINOX

¿Y por qué no haber consentido en partir conmigo cuando yo os lo suplicaba?

LA PRINCESA

Eso hubiera sido destrozár la existencia de ambos... exponerme á que llegara un día en que os arrepintiérais de haberlo hecho... Os aseguro que hay, sin embargo, momentos en que siento no ha-

ber accedido á vuestros deseos... ¡Sufro tantol...
¡Está mi alma tan torturada, tan desgarrada!

DE EPINOY

¿Torturada?

LA PRINCESA

Pues qué, ¿creéis que no tengo celos?

DE EPINOY

¡Bah! ¡De una niña!

LA PRINCESA

¡Cómo se dilata su corazón... cómo se deleita con
su falsa dicha!...

DE EPINOY

¡Es una niña!

LA PRINCESA

¡La hablaba de vos hace un instante... y tenía un
aspecto de tranquilidad, de confianza, de seguridad en
vuestro cariño! ¡Hasta razonaba como lo haría quien
supiese á qué atenerse acerca de este punto!... ¡Ah,
la detesto con toda mi alma!

DE EPINOY

¡Es una niña!

LA PRINCESA

Sí, pero es joven... no es tonta... es guapa. Bien
fácil es que lleguéis á amarla... ¿Por qué no habéis
de llegar á enamoraros de ella?

DE EPINOY

¿Y tú me lo preguntas? *(La besa en un hombro.)*

LA PRINCESA

¿Oís?... Anda gente por aquí... me vuelvo al casti-
llo... hasta dentro de un instante.

(Le estrecha la mano y se aleja rápidamente. De Epinoy la sigue más despacio. Un instante después salen de la sombra Sartigny y Julieta. Esta, muy pálida y sostenida por Sartigny, va á sentarse en el banco.)

JULIETA *(con voz débil)*,

¡Dejadme! Quiero estar sola.

SARTIGNY

No puedo separarme de vos sin daros cuenta de
mi asombro... sin que sepáis cuán lejos estaba de
prever... porque, os lo repito, acababa de oír algunas
palabras de su conversación y nada podía hacerme
sospechar...

JULIETA

¡Vamos, marchaos!... y recoged antes vuestra
carta... *(Tirándole el anónimo.)*

SARTIGNY *(después de una pausa)*.

Señora, no tengo el honor de comprenderos; pero
respeto vuestro dolor que, evidentemente, os ex-
travía. *(Se aleja.)*

JULIETA *(sola)*.

¡Miserable!... ¡Y los otros... más miserables aún!...
(Juntando las manos con desesperación.) ¡Luego es
verdad... es cierto! ¡Ya me falta todo; todo se des-

ploma sobre mí!... ¡Nada ya... nada más que Dios!...
¡Oh, qué mal me siento!

(Aparece el Príncipe á la extremidad del paseo. Julieta se levanta bruscamente y le mira.)

ESCENA VIII

JULIETA, EL PRÍNCIPE

EL PRÍNCIPE

¡Ah! Dispensad, querida Julieta.

JULIETA *(muy turbada)*.

¿Sois vos, Príncipe? ¿Buscáis á la Princesa?

EL PRÍNCIPE

Sí; me han dicho que la han visto pasar por aquí.

JULIETA

En efecto, aquí estaba hace un instante.

EL PRÍNCIPE

¿Con vos?

JULIETA

No.

EL PRÍNCIPE

¿Con quién?

JULIETA *(después de un momento de vacilación)*.

¡Sol! Paseaba por el borde del lago.

EL PRÍNCIPE *(recogiendo el anónimo)*.

¿Es vuestra esta carta?

JULIETA *(tomándola)*.

Sí; muchas gracias.

EL PRÍNCIPE

Pero... estáis tan pálida como una estatua... ¿Os encontráis mal?

JULIETA

No estoy muy bien... He sentido mucho calor... después frío... Me haríais un gran favor, querido Príncipe, si tuviérais la bondad de encargáros de rogar á mi marido que me disculpe con nuestros invitados... No me encuentro en disposición de volver á los salones... subiré á mi cuarto y procuraré entrar en reacción... pero esto no es nada... no es nada... decidsele á mi marido.

EL PRÍNCIPE

Sí... sí... Voy á prevenir al Sr. de Epinoy y procuraré que no se alarme... Pero estáis temblorosa... Tomad mi brazo... os lo ruego.

JULIETA

Con mucho gusto.

(Se dirigen hacia el castillo.)

SEGUNDO CUADRO

Dos horas después, en la habitación de Julieta.

(Julieta, cubierta por un peinador, está medio tendida sobre un diván, con un frasco de sales en la mano. Llamán á la puerta.)

ESCENA PRIMERA

JULIETA, LUISA

JULIETA

¡Adelante!

LUISA

Sólo deseaba saber si la señora está mejor.

JULIETA

Sí, algo mejor... ¿Qué habéis dicho á mi marido cuando vino á informarse de mi estado?

LUISA

Siguiendo las órdenes de la señora, le he dicho que la señora dormía en aquel instante.

JULIETA

¿Y no ha vuelto á preguntar?

LUISA

Sí, señora, otras dos veces; pero le he contestado lo mismo. El señor parecía triste y preocupado.

JULIETA

¿Qué hora es?

LUISA

Van á dar las dos, señora.

JULIETA

¿Hay gente abajo todavía? ¿No han partido aún todos los carruajes?

LUISA *(aproximándose á una ventana).*

Ahora se aleja el último.

JULIETA

¡Ah! ¡Gracias á Dios!

LUISA

¿Me necesita la señora?

JULIETA

Por ahora no. Llamaré si deseo algo.

LUISA

Está muy bien. *(Sale y vuelve á entrar en seguida.)*

Señora, el señor pregunta si ha despertado ya la señora.

JULIETA

¡Oh! Sí... Decidle que pase.

ESCENA II

JULIETA, DE EPINOY

DE EPINOY

¡Y bien! querida, ¿cómo te encuentras? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Te has enfriado?...

JULIETA

Sí... creo que sí; pero me encuentro mejor.

DE EPINOY

Permite que te reprenda; me ha dicho el Príncipe que te ha encontrado en el borde del lago... en el sitio más húmedo del parque... Eso no es prudente.

JULIETA

No, no lo es... ya me he convencido de ello.

DE EPINOY

¿Estuviste mucho tiempo en el parque?

JULIETA

Sí; bastante...

DE EPINOY

¿Y te sentiste mal de pronto?

JULIETA

Sí, repentinamente. ¿Quieres hacerme el obsequio de ver si está cerrada la puerta?

(De Epinoy la mira; va á asegurarse de que la puerta está cerrada, y vuelve.)

JULIETA *(con frialdad).*

¿Sientes curiosidad por saber si he escuchado tu conversación con la Princesa? Pues bien; sí, la he oído toda.

DE EPINOY *(con voz sorda).*

¡Ah!

JULIETA

Comprenderás las razones que he tenido para no provocar inmediatamente una explicación contigo. Temía no poder dominarme, no ser dueña de mí, de mis palabras, de mi corazón, de mis nervios... temía dejarme arrastrar á una escena de violencia que hubiera llamado la atención de nuestros invitados. ¡El mal era ya bastante grande para que no cuidase de no agravarlo con el escándalo! En una palabra, quería calmarme un poco, dar lugar al consejo de mi altivez ofendida, y también al de la razón, y con la ayuda de Dios lo he conseguido.

DE EPINOY *(dando algunos pasos á través de la habitación, y volviendo luego al lado de su mujer).*

¿Qué quieres de mí, Julieta?

JULIETA

Voy á decírtelo. Deseo, en primer lugar, pedirte

una explicación, todo lo breve que te plazca, pero clara y verdadera, de tu conducta para conmigo... Yo no quisiera calificarla... pero es lo cierto que, en mi opinión, encierra un misterio; un colmo de perversidad que no puedo, en modo alguno, comprender... que no puedo asociar á la idea de un hombre como tú, de un hombre á quien el mundo estima... de un hombre á quien yo he amado... (*Se pasa el pañuelo por los ojos.*) ¡Perdona! ¡Con razón continuarás diciéndome que soy una niña!

DE EPINOY

¡No!

JULIETA

Nunca he sido tan niña como crees... ó como dices que crees... Pero, si lo he sido, la desgracia me ha hecho envejecer deprisa... Dime, pues, ¿cómo ocurrió esa infamia?... ¿Cómo pudiste decidirte... á semejante perfidia?

DE EPINOY

Julieta, la confidencia que me exiges no se refiere á mí sólo, y por tanto...

JULIETA

¡Pero si lo sé todo! ¿Qué puedes revelarme acerca de ella que no haya yo oído de sus propios labios y de los tuyos?... ¿Quieres que te repita palabra por palabra vuestra conversación?... ¡Era antes tu amante... continúa siéndolo... fué la que concertó nuestro matrimonio!... ¿Por qué? ¿Cómo? ¿En qué circuns-

tancias ocurrió todo eso? Eso es lo que te ruego que me digas... y no temas nada por ella... Si quisiera perderla, sé ya bastante ¿no es verdad? Si yo hubiera sido capaz de desenmascararla ante su marido, ya estaría hecho... ¡bien lo sabes!... ¡Nunca encontraré otra ocasión tan propicia!

DE EPINOY

Sólo yo he sido culpable... A una mujer aterrada, que escoge el primer pretexto que se la ocurre para escapar á la venganza, al furor inminente de su marido, apenas puede considerársela como responsable de lo que dice ó hace.

JULIETA

¿Había sorprendido el Príncipe alguna de vuestras conversaciones?... ¿Una carta?... ¿Algo que comprometiera á su mujer?

DE EPINOY

Sí. Una carta... Los términos en que estaba escrita eran lo bastante ambiguos para que pudiera creerse que iban dirigidos á otra persona... Ella dijo que la carta se refería á ti... Que yo solicitaba tu mano... La intimidad de la Princesa con tus padres hacía probable su intervención en tu matrimonio..

JULIETA

¿Y cómo pudo ella explicar el secreto que había guardado con su marido sobre una cosa tan sencilla?

30159

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BILBAO
BIBLIOTECA
1954

DE EPINOY

Dijo que yo la había recomendado el más absoluto secreto, á fin de evitarle la consiguiente mortificación de amor propio, en caso de negativa.

JULIETA

¿Y tú fuiste cómplice, á sangre fría, de todas esas mentiras, inventadas por una mujer loca de terror?

DE EPINOY

Yo era quien la había puesto en peligro, y no podía, por lo tanto, desmentirla.

JULIETA

¿Tú también tuviste miedo?

DE EPINOY

Por ella.

JULIETA

¿Y por mí?... ¿Nada? ¿Ni miedo ni piedad?... Y luego... después de nuestro matrimonio... cuando pudiste conocer mejor á la que tan cruelmente engañabas... ¿no has tenido remordimientos?

DE EPINOY

Aunque hubiera tenido remordimientos, Julieta, no era este el momento oportuno para darte cuenta de ellos. Mis palabras serían sospechosas para ti en la presente ocasión. En cuanto á lo que siento ahora, al ser testigo de tus sufrimientos, tampoco he de ha-

blarte de ello por idéntica razón... No puedo hacer más que decirte: sea la que quiera tu voluntad, estoy dispuesto á cumplimentarla.

JULIETA

Pero ¿no te ocurre á ti ningún medio de salvar la imposible situación en que nos encontramos? ¿No tienes ninguna proposición que hacerme?

DE EPINOY

Ninguna. Espero tus órdenes.

JULIETA

Me sorprendes. Te sería tan fácil aconsejarme que imitase tu independencia moral; encontraría tan lógico que me dijese: "Perdóname mis errores, que me son tan queridos; yo estoy en cambio dispuesto á perdonarte los tuyos... Usa de tu libertad como yo uso de la mía... Así viven felices, según mis noticias, muchos matrimonios... ¿Me propones eso?"

DE EPINOY

No.

JULIETA

¿Y si yo te lo propusiera?

DE EPINOY

No eres capaz de hacerme semejante proposición.

JULIETA

Es verdad. (*Se levanta.*) Roger, si yo hiciese un

llamamiento solemne á tu honor, ¿podría abrigar la esperanza de ser escuchada, de ser atendida?

DE EPINOY

Tienes la seguridad.

JULIETA

¡Pues bien! No te dirigiré ni un solo reproche. Llegaré hasta á agradecerte que hayas conservado, durante esta conferencia tan penosa, el respeto que te debes á ti mismo... y el que me debes á mí. La acción que has ejecutado, me hacía abrigar el temor de encontrar en tu lenguaje la ironía cínica ó la cobarde sumisión de un hipócrita desenmascarado... No ha ocurrido así, á Dios gracias. Reconozco que tu actitud y tus palabras han sido todo lo dignas que podían ser en las malísimas circunstancias en que te encuentras, y es un consuelo, para mí, poder continuar estimándote, ahora que me veo obligada á retirarte todo mi afecto... Quiero, pues, creer, quiero admitir, que has sido víctima de una de esas fatalidades, de uno de esos impulsos que un hombre honrado, que un caballero, puede confundir con el deber, en un momento de turbación...

DE EPINOY

Gracias, Julieta.

JULIETA

Pero, á pesar de todo, comprenderás, como lo comprendo yo, que el mal es irreparable, que has matado la confianza.

DE EPINOY

¿Y no puedo abrigar alguna esperanza de hacerla renacer?

JULIETA

Bien conoces que es imposible. Experimentas en este momento una impresión de sentimiento, de piedad, que será sincera, no lo dudo; pero que durará poco... que no podrá luchar con una pasión que ha logrado ejercer tan terrible imperio sobre ti... Existen, por lo visto, mujeres que poseen filtros contra cuya eficacia nada pueden nuestros inocentes amores... Tú perteneces en cuerpo y alma á una de esas magas, y yo no quiero compartir por más tiempo, con ella, tus bondades. Desde este instante estamos separados para siempre, Roger; y lo que pido á tu lealtad es que hagas consagrar por la ley esta separación irrevocable.

DE EPINOY

Te he dicho que tu voluntad sería la mía; pero... ¿has pensado bien en el escándalo de un divorcio?

JULIETA

No he tenido tiempo para pensar gran cosa en ello; pero sí lo he tenido para convencerme de que no puedo continuar viviendo contigo sin merecer tu desprecio y el mío; de que tengo veintitrés años, y no he de dedicar á la soledad ni al desorden el resto de mi juventud y de mi vida; y puesto que existe legalmente el divorcio, y puesto que mi religión lo

autoriza, por otra parte, debe parecerte muy justo que me aproveche de él.

DE EPINOY (*con sequedad*).

Lo encuentro justo, sí... pero no sé si lograremos obtenerlo. ¡No basta pedir el divorcio para que lo decreten los tribunales!

JULIETA

Temes aún por ella... ¿verdad?... Puedes estar tranquilo. He pensado en todo. Te prometo que, por consideración á su marido, y por un resto de interés por ti, no descubriré el secreto de vuestros amores... Haré más aún: á fin de evitar murmuraciones, continuaré visitándola como antes. Procuraré, al menos, tener el valor necesario para hacerlo.

DE EPINOY

Tienes un corazón de oro.

JULIETA

Te agradezco que lo reconozcas, por más que sea un poco tarde.

DE EPINOY

Pero si abrigas tan generosas intenciones, ¿en qué piensas fundar la demanda de divorcio?

JULIETA

Veremos... Ya se nos ocurrirá un medio... lo consultaremos con de Rhodas. Ya le he escrito citándole para pasado mañana en París, porque de-

seo volverme allí mañana mismo, si me lo permites.

DE EPINOY (*inclinándose*).

Y ya que es tu voluntad que arreglemos de común acuerdo este triste asunto, ¿puedo esperar que nuestras forzosas relaciones conservarán, al menos hasta el fin, un carácter amistoso?

JULIETA

Muy amistoso.

DE EPINOY

Gracias. Adiós.

JULIETA (*estrechando la mano que él la tiende*).

Adiós.

DE EPINOY

¿Y pronuncias con tanta tranquilidad esa palabra... esa palabra que rompe los lazos que, hace algunas horas, tenías aún en tanto aprecio... y que acaso eran mucho más caros para mí de lo que supones?... ¿De modo que no sientes nada?

JULIETA

Siento que he perdido la fe. No creo ya en ti, y por culpa tuya, estoy á punto de no creer en Dios.

DE EPINOY

¡Permite que admire la firmeza de tu alma, que te confieso que sobrepuja á la de la mía!

JULIETA

¡Decididamente querrias dejarme llorando!

DE EPINOY

¡Oh! No... por el contrario... me complace dejarte con la sonrisa en los labios. Eso me servirá de consuelo. ¡Adiós!

JULIETA

¡Adiós!

(Sale de Epinoy.—Casi en seguida Julieta deja escapar un grito débil, extiende los brazos y cae inanimada sobre el pavimento.)

ACTO SEGUNDO

En París.—En casa de la señora de Epinoy.—Un gabinete tocador.—Puerta en el fondo.—Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

BAUTISTA *(introduciendo á de Rhodas).*

Voy á avisar á la señora que el señor está aquí.

DE RHODAS

Bien, bien.

(Se sienta y coge un libro de encima de la mesa.—Luego entra Julieta y se levanta.)

JULIETA *(tendiéndole la mano).*

¡Buenos días, amigo mío!

DE RHODAS

¡Señora!... Y bien: ¿terminó por completo vuestra alarma de la otra noche?... ¿Cómo podéis torturaros así por tan poca cosa? ¡Parece mentira que seáis tan niña!

DE EPINOY

¡Oh! No... por el contrario... me complace dejarte con la sonrisa en los labios. Eso me servirá de consuelo. ¡Adiós!

JULIETA

¡Adiós!

(Sale de Epinoy.—Casi en seguida Julieta deja escapar un grito débil, extiende los brazos y cae inanimada sobre el pavimento.)

ACTO SEGUNDO

En París.—En casa de la señora de Epinoy.—Un gabinete tocador.—Puerta en el fondo.—Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

BAUTISTA *(introduciendo á de Rhodas).*

Voy á avisar á la señora que el señor está aquí.

DE RHODAS

Bien, bien.

(Se sienta y coge un libro de encima de la mesa.—Luego entra Julieta y se levanta.)

JULIETA *(tendiéndole la mano).*

¡Buenos días, amigo mío!

DE RHODAS

¡Señora!... Y bien: ¿terminó por completo vuestra alarma de la otra noche?... ¿Cómo podéis torturaros así por tan poca cosa? ¡Parece mentira que seáis tan niña!

JULIETA (*mirándole frente á frente*).

¡Vos sois un buen amigo!

DE RHODAS (*dudando*).

Yo no podía mentir, ni aun por hacerme agradable á vuestros ojos.

JULIETA

¡Perdonad! Yo creo, por el contrario, que habéis mentido por no ocasionarme un disgusto, y sobre todo porque así os lo mandaba vuestra caballerosidad. Eso es lo que más os agradezco. Hicisteis bien. Pero no todo el mundo es tan delicado como vos... En una palabra: supe la verdad, que me ocultabais, en cuanto me separé de vos, y la supe de tal modo que no me es posible conservar la sombra de una duda. La vieron mis ojos y la escucharon mis oídos... Todo cuanto decía aquel inmundo papel es cierto, ciertísimo... He tenido una explicación con Roger, que está convicto y confeso. Le he dicho que pediría el divorcio, y se ha conformado con mi voluntad. Esto es lo que hay, mi buen amigo.

DE RHODAS

¡Vamos... vamos á ver!... ¿Qué cuentos de *Las mil y una noches* me estáis contando?

JULIETA

No, no es cuento; desgraciadamente es una historia que os repetirá en seguida mi marido.

DE RHODAS

¡Yo creo que entiendo mal... ¡Lo que me decís me aterra! No, no; no es posible... Si así fuera no tratariais de un asunto tan grave con tanta tranquilidad.

JULIETA

¡Ay, amigo mío!... Es que mis lágrimas se han agotado en estos dos días y estas dos noches... Además, cuando he tomado una resolución, que creo acertada, y sobre todo, cuando no encuentro otra mejor, tengo la costumbre de proceder á ponerla en práctica valerosamente, aunque me cueste la vida. Por lo demás, vos mismo confesaréis que, dada la situación, no puedo hacer nada mejor, nada más digno, nada más honrado ni más sensato.

DE RHODAS

¿Y no os ha prometido vuestro esposo terminar esas desgraciadas relaciones?

JULIETA

No, no me lo ha ofrecido; pero hubiera sido inútil.

DE RHODAS

No os parecerá mal que desee, ante todo, hablar con el señor de Epinoy.

JULIETA

Ya he dicho que le avisen.... Hele aquí.
(*Entra de Epinoy por una de las puertas laterales.*)

ESCENA II

DE EPINOY

¡Buenos días, amigo! (*Dándole la mano.*) ¡No os molestéis!... (*Un silencio embarazoso.*) ¡Supongo que mi mujer os habrá dado cuenta de lo que ocurre!

DE RHODAS

Sí... algo me ha indicado... Acabo de llegar...

DE EPINOY

Pues por mi parte me limito á rogaros que procedáis en todo con arreglo á sus deseos. Quisiera no tener que desempeñar más que un papel pasivo en este asunto... Estoy conforme con cuanto se haga... Sólo espero que Julieta me permita recordarle la promesa que me ha hecho, de que la verdadera causa de nuestra separación no aparecerá en los autos... En cuanto á vos, nada tengo que advertir, porque sé que sois un perfecto caballero.

DE RHODAS

¡Está bien!... Pero entonces, ¿en qué agravio hemos de fundar la demanda?... A no ser que exista algún otro, que yo ignore...

DE EPINOY

No existe ningún otro agravio entre nosotros. (*De Rhodas interroga á Julieta con la vista.*)

JULIETA

Yo, al menos, no tengo conocimiento de él.

DE RHODAS

En ese caso, ¿en qué fundamos la demanda? Porque la ley no admite como causa de divorcio el mutuo consentimiento... En circunstancias como las presentes es indispensable que la demandante pruebe que se la han inferido agravios, y puesto que no queréis—cosa que encuentro muy digna—alegar el verdadero motivo del divorcio, es preciso fingir otro... hecha abstracción de las sevicias y de las injurias graves, que no parecerían verosímiles en este caso, y de las que, por otra parte, no sería, sin duda, del agrado del señor de Epinoy reconocerse culpable...

DE EPINOY

Naturalmente.

DE RHODAS

No queda más causa legal de divorcio que la infidelidad del marido; pero no podemos alegar esa infidelidad sin presentar pruebas... Sería, por lo tanto, necesario que el señor de Epinoy se prestase...

DE EPINOY

¡Yo me presto á todo!

DE RHODAS

Se prestase, decía, á escribir cartas que le comprometieran... cuyas cartas presentaría la demandante, asegurando haberlas sorprendido ó comprado...

JULIETA

¿Yo?

DE RHODAS

¡Sí, ves!

JULIETA

¿Y bastaría eso?

DE RHODAS

Sí por cierto.

JULIETA (*á su marido*).

¡Ya lo oyes!

DE EPINOY

Pero ¿á quién he de dirigir esas cartas que me comprometan?

DE RHODAS

A cualquiera... á una desconocida... basta con que sean cartas de amor, de fecha reciente, dirigidas á una mujer que no sea la vuestra...

DE EPINOY

Me parece que eso no es muy noble... Es engañar á la justicia... cosa que me repugna mucho.

JULIETA

¡Ah! Perdona, querido Roger; no es cosa de decir "Yo me avengo á todo... yo consiento en todo"... y luego no acceder á nada... Eso sí que no sería noble... después de haberme prometido lo contrario... y permíteme que te diga, entre paréntesis, que no deja de extrañarme la especie de mal humor con que empiezas nuestras gestiones, que deben practi-

carse con la mayor cordialidad, según tú mismo me has rogado... Me parecería más digno que mostrases, en estas tristes deliberaciones, la distinción y el buen gusto que son propios de un verdadero *gentleman*, como tú.

DE EPINOY

Me enorgullezco de ser un verdadero *gentleman*... pero me cuesta infinito trabajo tratar alegremente este asunto.

JULIETA

Yo no te digo que lo trates alegremente... sólo te pido que manifiestes más tolerancia, más abandono, más calma...

DE EPINOY

Trataré de aprovechar tus lecciones... y tu ejemplo... Bien... escribiré esas cartas... las escribiremos juntos si quieres... esto será más divertido... Pero supongo que no será necesario que las escriba en seguida.

JULIETA (*á de Rhodas*).

¿Es urgente escribir esas cartas?

DE RHODAS

No es urgente si no urge la separación... urge si el asunto ha de despacharse pronto.

JULIETA

¡Oh! Lo más pronto posible... (*á de Epinoy*). ¿No es verdad?

DE EPINOY

Ciertamente. Cuanto más pronto se despache el asunto menos durará y menos se hablará de él... Pero antes de pasar adelante quisiera rogar á de Rhodas que nos diese algunos datos acerca de la tramitación de un expediente de este género... porque yo ni siquiera tengo idea... Yo, por ejemplo, ¿qué es lo que tengo que hacer?... Escribo esas cartas que me comprometan... ¡Bien!... ¿Y luego?

DE RHODAS

¿Luego? Nada. Porque supongo que la intención del demandado será no contestar á la demanda, y que se le juzgue, por lo tanto, en rebeldía.

DE EPINOY

Ciertamente... puesto que el demandado no se ha de defender....

DE RHODAS (*á de Epinoy*).

Ni siquiera tendréis que nombrar abogado ni procurador.

JULIETA

¿Y yo?

DE RHODAS

Vos sí, querida amiga... ¡Vos necesitáis procurador y abogado!... Una vez escritas por el señor de Epinoy las cartas en que ha de fundarse la demanda, se las entregaréis á vuestro procurador... Este citará al señor de Epinoy á juicio de conciliación, al

que no asistirá vuestro esposo... Entonces el procurador presentará la demanda, acompañada de las cartas y de la copia del juicio... El expediente seguirá la tramitación ordinaria... con traslado al fiscal... informe de éste, etc., etc., y como el demandado no comparecerá á presentar sus descargos, se fallará en rebeldía... Todas estas formalidades legales pueden terminarse en un par de meses, con un poco de actividad y alguna influencia.

JULIETA

¿De veras? Nunca hubiera creído que pudiera arreglarse tan pronto un asunto de esta índole. (*Á su marido*.) ¡Es cuanto podíamos desear... nuestro ideal!

DE EPINOY

Sí, ¡el ideal!

DE RHODAS

En cuanto estén escritas las cartas, lo primero que habrá que hacer es llevarlas á casa del procurador á fin de que éste proceda á citar al juicio de conciliación al señor de Epinoy.

JULIETA (*á su marido*).

Querido Roger, ¡si tuvieras la bondad de escribir esas cartas en seguida!... Tú saldrías desde luego de ese cuidado y de Rhodas y yo podríamos llevarlas esta tarde á casa del procurador.

DE EPINOY

¿Como queráis! (*Se levanta y va á sentarse ante el*

escritorio de su mujer.) Pero no he de escribir esas cartas en un papel que tiene tu cifra... ¿Tienes papel sin cifrar?

JULIETA

Sí; en la cartera... á la derecha.

DE EPINOY (*jugando con la pluma y meditando antes de escribir.*)

(*A de Rhodas.*) ¿No será preciso que sean muy largas?

DE RHODAS

No... con tal de que la idea esté claramente expresada.

DE EPINOY

Bien. (*Después de una pausa y en vista de que no se le ocurre nada.*) ¡Deberíais dictármelas vos!

DE RHODAS

No, no puedo... Faltaría á mis deberes de abogado... No es ya muy correcto el haberos indicado un medio de burlar la ley... y aunque me sirve de disculpa el deseo de evitar un escándalo... no puedo ir más allá.

DE EPINOY

¡Bueno! Pero entonces hacedme ambos el favor de no ocuparos de mi persona... continuad vuestra conversación... Si os veo con los ojos fijos en mí, no podré escribir ni una letra... ¡Vuestra expectación me paraliza!

JULIETA (*á su marido.*)

Llamad en vuestro auxilio á vuestros recuerdos. (*A de Rhodas.*) ¿Qué procurador me aconsejáis que elija?

DE RHODAS

Os recomiendo á mi amigo Labussiere, que es muy amable y muy activo. ¡En cuanto al abogado!

JULIETA

¡Cómo! Supongo que mi abogado seréis vos...

DE RHODAS

¡Oh! No, dispensadme... Yo me ocuparé del negocio... os ayudaré á terminarlo lo antes posible, puesto que este es vuestro común deseo... pero no seré vuestro defensor... Tengo mis razones para...

JULIETA

¡Qué contrariedad tan grande!

DE EPINOY (*buscando palabras, murmura á media voz.*)

¡Amor mío... ángel querido!

JULIETA

¿Qué dices?

DE EPINOY

No hablo contigo, querida. ¡Estoy escribiendo!

JULIETA

¡Ah! ¡Dispensa!... (*A de Rhodas.*) Al menos me aconsejaréis el abogado que debo elegir.

DE RHODAS

Sí, por más que no es de gran importancia que sea uno ú otro... Desde el momento en que vuestro esposo no contesta á la demanda, el asunto está juzgado.

DE EPINOY (á media voz y mordiéndolo la pluma).

"¡Amor mío... Angel querido!...,

JULIETA

¡Me parece que no avanzas mucho!

DE EPINOY

¿Cómo queréis que avance?... ¡Habláis... y habláis sin cesar... y yo no sé lo que escribo!... (*Julieta y de Rhodas continúan su conversación en voz baja. De Epinoy se levanta bruscamente con impaciencia.*) ¡Me voy á mi biblioteca!... ¡Dentro de diez minutos os traeré las cartas!... (*Sale llevándose papel de cartas.*)

ESCENA III

JULIETA (*sonriendo ligeramente*).

¡Parece que no le divierte mucho estol

DE RHODAS

No.

JULIETA

Pero, vamos, De Rhodas... ¿por qué no queréis ser mi abogado? Vuestra negativa es un medio indirecto

to de vituperar mi conducta, y eso me hace daño, os lo confieso ingenuamente.

DE RHODAS

¿No comprendéis que el abogado que se encargue del asunto no tendrá más remedio que poner á vuestro marido á los pies de los caballos? Este es un papel que no me conviene en modo alguno... Todo el mundo tiene noticia de mi antiguo y profundo afecto por vos... Hasta han corrido, hace ya tiempo, rumores ridículos acerca de mis pretensiones... Podría creerse que ponía mi profesión al servicio de mis rencores personales; que, con pretexto de defender á una mujer ultrajada, me vengaba cobardemente de un rival... ¡Os suplico que me permitáis abstenerme! (*Julieta le tiende la mano con emoción.*) Por otra parte, nada perderéis con eso... Os recomendaré á uno de mis amigos... á uno de mis maestros. Os repito, además, que el éxito es seguro... Voy ahora á llamar vuestra atención sobre un detalle que no deja de tener importancia... A los ocho días de interponer la demanda, el tribunal dictará un auto señalándoos domicilio separado del de vuestro esposo—el de vuestra madre probablemente—hasta la sustanciación del juicio.

JULIETA

¿Por qué?

DE RHODAS

Es una medida de previsión... Os concederá también el derecho de requerir á la policía para que os

proteja en vuestro nuevo domicilio, si de ello hubiera necesidad.

JULIETA

¡La policía!... ¡Qué disparate!... Pero ¿me obliga la ley á aceptar esta separación de domicilio?

DE RHODAS

No.

JULIETA

¿Qué me aconsejáis, pues, que haga en tal caso?

DE RHODAS

La separación de domicilio es lo más prudente... y por otra parte, la vida en su compañía durante la tramitación del expediente os sería muy penosa.

JULIETA

Ya sabéis que en esta casa tenemos habitaciones independientes mi marido y yo... y con rogarle que almuerce y coma en el Casino... Pienso quedarme en el hotel, y me sería muy enojoso tener que hacer una mudanza para tan poco tiempo.

DE RHODAS

Eso es, sin embargo, lo más prudente, si bien es cierto que el domicilio común admite más probabilidades de una reconciliación, que siempre sería de desear.

JULIETA

Amigo mío, suponer posible la reconciliación es ofenderme.

DE RHODAS

Sin embargo, una vez pasado el primer momento, reflexionaréis acaso acerca de la difícil situación de una mujer de vuestra edad, que se queda sin protección, sin apoyo en el mundo.

JULIETA

Creo que no me costará gran trabajo encontrar un apoyo más sólido y más fiel que el que pierdo.

DE RHODAS (*turbado*).

Buscando bien...

JULIETA

Vos me ayudaréis...

(*Un silencio dificultoso.— Vuelve de Epinoy con las cartas.*)

DE EPINOY

¡Aquí están!... Traigo cuatro... son cortitas; pero creo que bastarán.

DE RHODAS

¡Si son categóricas!...

DE EPINOY

Me parece que sí. Podeis verlo vos mismo. (*Le entrega las cartas.*)

DE RHODAS

Veamos.

JULIETA

Leed en voz alta, amigo mío.

DE RHODAS

¿Las habéis fechado?... Sí... bien... *(leyendo)* "¡Amor mío, qué deliciosa tarde os debo! ¡Qué horas tan gratas! Verdaderamente, Blanca, que hasta que os he conocido no tenía idea de lo que es la felicidad. Ahora sí que lo sé. La felicidad es vuestra presencia, vuestras miradas, vuestra voz, vuestro perfume: la felicidad sois vos. Mi corazón se turba á la idea de que muy pronto volveré á encontrarme á vuestros pies, sentado en aquel pequeño taburete, en que se pasa tan bien.,,

JULIETA

A mí también me gusta mucho sentarme en un taburetito bajo.

DE RHODAS *(continuando la lectura)*.

"En que se pasa tan bien. Os he dicho que os amaba, querida Blanca, y os he engañado, porque os adoro. Vuestro, *Roger.*, No está mal. Está bien escrita... pero me parece poco explícita... para fundar una demanda de divorcio...

JULIETA

Sí; muy poco explícita... parece cosa de novela.

DE EPINOY

Dispensad; esa es la primera carta, y me parecía necesario que hubiera cierta gradación...

DE RHODAS

¡Bien!... Veamos las demás... la última, por ejemplo...

DE EPINOY

¡Hela aquí!...

DE RHODAS *(tomando la carta y empezando á leer)*.

"Angel querido, nunca podrás saber....,

DE EPINOY

¿Observáis? Ahora la tuteo ya...

DE RHODAS *(recorriendo la carta con la vista)*.

"La noche ideal.,, Sí, ésta es más categórica... *(Continúa leyendo en voz baja.)*

JULIETA

¿Qué dice?

DE RHODAS

Nada... que la envía un carruaje y un tronco de caballos.

DE EPINOY

Sí; ¡para lo que me cuestan!... ¿Creéis que quedará satisfecho el tribunal?

DE RHODAS

Sería muy exigente si necesitase más... Sin embargo, tratando de preverlo todo, sería conveniente añadir algunas palabras mortificantes para la señora de Epinoy, porque es lo cierto que no se la nombra en toda la carta.

DE EPINOY

Creo que eso es inútil.

DE RHODAS

Perdonad; así estaría más caracterizada la injuria á la esposa.

DE EPINOY

¡No, hombre, no! Tendría que empezar de nuevo ó hacer raspaduras.

DE RHODAS

Podéis añadirlas en forma de postdata.

DE EPINOY (*á su mujer*).

¿Quieres dictarme?

JULIETA

¡Bueno!... Escribe... "No vuelvas á decirme, amor mío, que estás celosa de mi mujer... ¡Es una niña!... que sólo debe inspirarte la soberana indiferencia ó el profundo desdén que á mí me inspira..."

DE EPINOY (*acabando de escribir*).

"... A mí me inspira... Tomad, de Rhodas, ahí van las cuatro con el añadido.

JULIETA (*á de Rhodas*).

Ahora me acompañaréis á casa del procurador, ¿verdad, amigo mío? Voy á ponerme el sombrero y vuelvo á buscaros.

(*Sale por una puerta lateral*.)

ESCENA IV

DE RHODAS

Decid, de Epinoy. ¿Me permitís que os haga una observación ahora que estamos solos?

DE EPINOY

Podéis hacerme cuantas observaciones queráis.

DE RHODAS

Estas cartas tienen un doble objeto, según creo. El primero suministrar una base seria á la acusación formulada contra vos; el segundo evitar que, con motivo de esta desgraciada separación, se fijen las sospechas del público en una persona cuya reputación y cuya tranquilidad doméstica deseáis conservar... ¿No es así?

DE EPINOY

Exactamente.

DE RHODAS

¡Pues bien! ¿Qué es lo que prueba que esas cartas no hayan sido dirigidas precisamente á la persona de quien deseáis apartar las sospechas?

DE EPINOY

¡Oh! ¡No se escribe en esos términos á una mujer de la buena sociedad!

DE RHODAS

¡Psch! ¡Se han hecho tan tolerantes las mujeres de la buena sociedad!

DE EPINOY (*pensativo*).

Puede que tengáis razón... Pero eso se remedia con una nueva postdata. (*Toma una de las cartas y escribe.*) "¡Has bailado el paso á dos con una coquetería infernal!,

DE RHODAS

Perfectamente. Con esa indicación basta. Buscarán á la incógnita en la Opera ó en el Edén. (*Se guarda las cartas.*)

ESCENA V

JULIETA (*volviendo en traje de calle*).

¿Vamos, de Rhodas?

DE RHODAS

Cuando gustéis.

JULIETA

No se os olviden las cartas.

DE RHODAS

Las llevo aquí.

DE EPINOY

Hasta luego.

(*Salen Julieta y de Rhodas.*)

ESCENA VI

DE EPINOY (*solo*).

¡Hoy triunfa él! ¡Ya llegará un día en que arreglemos este asunto! Ahora no dudo que Julieta irá

hasta el fin... ¡Qué mujer tan extravagante!... Es indispensable que avise á Clotilde... Probablemente sospechará lo que ocurre... (*Se sienta y escribe.*) "Querida Princesa: Teniais razón; habéis ganado la apuesta de la otra noche. Aguardo vuestras instrucciones...." (*Entra Bautista.*) ¿Qué ocurre?

BAUTISTA

Señor, la señora Princesa acaba de llegar.

DE EPINOY

¿La habéis advertido que no está en casa la señora?

BAUTISTA

Sí, señor... pero como la señora no tardará en volver, porque es el día en que recibe, la señora Princesa ha dicho que la esperaría.

DE EPINOY

Entonces rogadla que pase.
(*Bautista introduce á la Princesa, y sale.*)

LA PRINCESA

¿Conque ha salido Julieta?

DE EPINOY

Sí, Princesa; ha ido á dar un paseito, pero volverá pronto.

LA PRINCESA (*después de asegurarse de que se ha alejado el criado*).

Estaba muerta de inquietud... ¿Por qué no me habéis escrito?

DE EPINOY

Os escribía en este instante.
(*La entrega la carta empezada.*)

LA PRINCESA (*asustada, después de leerla*).

¡Nos había escuchado!

DE EPINOY

Sí.

LA PRINCESA

¡Dios mío! (*Se deja caer sobre una silla. Después de un silencio.*) ¿Y qué ha ocurrido?

DE EPINOY

Una escena... muy penosa... como era natural... Me ha exigido el divorcio... y no he podido negarme... Durante dos días he abrigado la esperanza de que cambiase de opinión... Pero está completamente resuelta... En este instante ha ido á casa de su procurador, en compañía de de Rhodas.

LA PRINCESA

¡El divorcio!... ¡Un escándalo semejante!... ¡Entonces estoy perdida!

DE EPINOY

No... tranquilizaos... En la demanda no se habla-

rá para nada de vos. He impuesto esta condición para consentir en el divorcio. Julieta continuará visitándoos y recibiendo vuestras visitas, como de costumbre... En una palabra: siguiendo los consejos de de Rhodas, me he prestado á fingir una intriga vulgar... con una bailarina cualquiera. Yo mismo he escrito las cartas que servirán de prueba.

LA PRINCESA

¡Y os hacéis la ilusión de que así váis á engañar al mundo!... Desde luego os aseguro que á mi marido no se la pegáis con esa fingida intriga... Esta extraña separación á los pocos meses de vuestro matrimonio hará crecer rápidamente todas sus sospechas, que han empezado á despertarse de nuevo desde hace algún tiempo... ¡Oh! Sí... ¡Estoy perdida!... ¡Ya lo véis!... Es preciso buscar un medio, sea el que quiera, de conseguir que Julieta desista de sus propósitos.

DE EPINOY

No encuentro ninguno... Es un alma más fuerte de lo que creéis y de lo que yo mismo creía... y, por otra parte, muy recta é incapaz de prestarse á una transacción equívoca. (*Al escuchar estas palabras, la Princesa le dirige, con disimulo, una mirada inquieta é irritada.*)

LA PRINCESA

¿De modo... que sólo una ruptura absoluta entre nosotros podría satisfacerla?

DE EPINOY

Ya comprenderéis que ni siquiera se me ha pasado por la imaginación proponerla semejante cosa.

LA PRINCESA (*cogiéndole la mano*).

¡Quién sabe, amigo mío, si habrá llegado la hora de ese terrible sacrificio!

DE EPINOY (*incierto*).

¿Tendriais valor para arrostrarle, Clotilde?

LA PRINCESA

Tales desgracias presiento para ambos, que acaso sea preciso encontrar ese valor... Pero una ruptura tendría también sus peligros... ¿Cómo explicar á mi marido un cambio tan súbito y tan completo en nuestras relaciones?

DE EPINOY

Si semejante sacrificio os pareciera algún día necesario; si me ordenárais resignarme á él... no me sería posible cumplirlo á medias... Saldría de París... y acaso de Francia, durante algún tiempo...

LA PRINCESA (*con violencia*).

¡Ah! ¡desgraciado!... ¡Lo que deseáis es alejaros

DE EPINOY (*con severidad*).

¿De modo que me tendíais un lazo?

LA PRINCESA

¡En el que os habéis apresurado á caer, amigo

mío!... ¡Ah! ¡no, no tratéis de negar!... ¡La amáis!... ¡No podéis ocultarlo! Cada una de vuestras palabras atestigua vuestra admiración por ella... ¡No podéis pronunciar su nombre sin acompañarlo de un elogio!

DE EPINOY

No hago más que hacerla justicia.. No es esa una razón para que dudéis de un amor, de una pasión de la que os he dado pruebas, hasta criminales.

LA PRINCESA

¡Cómo criminales!

DE EPINOY

¿Creéis, pues, que no me ha costado trabajo pisotear todo sentimiento de probidad y de honor, para engañar indignamente á esa inocente y leal criatura?

LA PRINCESA

¡Cómo la amáis!... ¡Qué dichoso seriais si yo os dijese: todo ha concluído entre nosotros!... ¡Partid tranquilamente con esa inocente y leal criatura... con esa mujer á quien tanto adoráis!... Pero, por desgracia, mi carácter no se presta á esa clase de generosidades... Yo no sé resignarme ni perdonar... Sé amar y aborrecer... nada más... Y si alguna vez ponéis en práctica vuestro delicioso proyecto de marcha, bien pronto será interrumpido vuestro viaje, os lo advierto.

DE EPINOY

Os agradecería que me dijérais quién había de atreverse á interrumpir nuestro viaje.

LA PRINCESA

¡Quien tiene derecho á pedirnos cuenta á los dos!... Sé muy bien que arriesgaría mi vida al mismo tiempo que la vuestra... Pero, creedme, hay cosas que temo mucho más que la muerte.

DE EPINOY

Clotilde... no se me había pasado por la imaginación tal proyecto de viaje... Vous sois quien me lo ha sugerido, en cierto modo... pero vuestras amenazas me colocan en una alternativa tal, que no es posible la duda... Pasaré el invierno en el extranjero. ¡Mañana mismo emprendo el viaje con mi mujer ó sin ella!

(Entra Bautista.)

ESCENA VI

BAUTISTA

Señor, el señor Príncipe de Chagres está abajo... Ha preguntado si la señora Princesa se encuentra en el hotel, y he subido á informarme...

LA PRINCESA

Haced el favor de decir al Príncipe que estoy aquí, que puede subir.

(Sale Bautista.)

LA PRINCESA *(á de Epinoy.)*

Ya véis, Roger, que me volvéis loca. ¡Cuidado conmigo! Dadme vuestra palabra de honor de no volver á pensar en semejante viaje, porque si no me la dáis, os juro que mi marido lo sabrá todo antes de cinco minutos.

DE EPINOY

¿Queréis que asista yo á la explicación?

DE EPINOY

Entonces me quedo, porque creo que ha de ser in-
(Entra el Príncipe.)

ESCENA VII

DE EPINOY *(tendiendo la mano al Príncipe.)*

¡Querido Príncipe!

EL PRÍNCIPE *(cuya frente se nubla al encontrarlos solos á los dos.)*

¡Buenos días, de Epinoy!... Querida, he visto al pasar vuestro carruaje... y he pensado que podriais hacerme el favor de dejarme en el círculo á vuestro regreso... *(Se sienta, notando la turbación de ambos.)*
¡Si no soy indiscreto!

DE EPINOY

¡Cómo! ¡Indiscreto!... ¡Nunca lo sois!
Me parece que he interrumpido una conversación

que debía ser interesante, á juzgar por la animación de vuestros ojos y de vuestros rostros.

LA PRINCESA

¡Sí... le reprendía.

EL PRÍNCIPE

¿Por qué... (*Á de Epinoy*). ¿Se puede saber?

DE EPINOY

Cedo la palabra á la Princesa.

EL PRÍNCIPE

Dígalo ella en buen hora.

LA PRINCESA (*á de Epinoy*).

¿Me autorizáis?

DE EPINOY

En absoluto.

LA PRINCESA (*al Príncipe*).

¿A que no adivináis lo que ocurre?... Váis á quedaros estupefacto.

EL PRÍNCIPE

¿Qué es ello?

LA PRINCESA

El señor y la señora de Epinoy se divorcian.

EL PRÍNCIPE

¡Cómo!

LA PRINCESA

El mismo señor de Epinoy acaba de decírmelo en este instante.

EL PRÍNCIPE (*á de Epinoy*),

Pero ¿es de veras?

(*De Epinoy hace un signo afirmativo*).

EL PRÍNCIPE

¿Y cuál es la causa de esa pretensión de divorcio?

LA PRINCESA

Un devaneo del señor de Epinoy, que acaba de descubrir su esposa.

EL PRÍNCIPE

¡Un devaneo!... Pero ¿qué tenéis vos que ver con eso?

LA PRINCESA (*muy conmovida*).

¿Y vos me lo preguntáis?

EL PRÍNCIPE

¡Sí, os lo pregunto.

LA PRINCESA

Pues está bien claro, ¡Dios mío!... El señor de Epinoy tenía una amante desde hace mucho tiempo... y esta amante...

(*La Princesa se turba, se interrumpe, se levanta bruscamente á impulsos de una sacudida nerviosa y*

vuelve á caer con la cabeza inclinada sobre el respaldo de la butaca. El Príncipe y de Epinoy se levantan.)

EL PRÍNCIPE (*aproximándose á ella con tono violento*)

¡Clotidel! ¿Qué tenéis?... ¿Qué os ocurre?

DE EPINOY

Sin duda se encuentra mal... ¿Queréis que llame?

LA PRINCESA (*haciendo un gesto con la mano y hablando luego con voz débil*).

No; no es nada... es cosa de un minuto... ¿Qué era lo que me preguntábais, amigo mío?... ¡Ah, sí! ¿Qué tengo yo que ver con el divorcio de los señores de Epinoy?... Olvidáis, pues, que yo fui quien gestionó su matrimonio... que su divorcio es, por lo tanto, una especie de desgracia personal para mí... y que, por consiguiente, me conmueve, me desespera... (*Señalando á de Epinoy*). Estoy furiosa contra él, como es natural, y cuando habéis entrado le reprendía severamente por su falta de formalidad, por su indiscreta ligereza... Tenía, como os he dicho, una querida... una bailarina del Edén, según parece, y había llegado al colmo de la imprudencia, hasta á escribirla cartas... esas cartas han caído en poder de su mujer.

EL PRÍNCIPE (*que ha recobrado poco á poco la calma*).

Querido de Epinoy: yo no me tomaré la libertad de reprenderos; pero permitiréis que os diga, con la

autoridad que me dan los años, que eso de las cartas me parece demasiado... ¡No se escribe, amigo mío!... ¡no se escribe!... La pobre Julieta ha obedecido, sin duda, á su primer impulso al proponeros el divorcio... pero... todo se arreglará... no es una desgracia irremediable...

LA PRINCESA

Así lo creo. No la he visto aún, pero la espero y trataré de calmarla... (*A de Epinoy*). No tardará, ¿eh?

DE EPINOY

Ya debía estar de vuelta.

EL PRÍNCIPE

Pues bien, querida... yo me marchó... Los hombres no servimos para nada en estas circunstancias... Además, necesito tomar el aire... Vuestra indisposición de hace un instante me ha impresionado mucho.

LA PRINCESA

Cualquier pequeñez os impresiona, amigo mío.

EL PRÍNCIPE (*cerca de la puerta, á de Epinoy, que le acompaña*).

¿Y quién es?... ¿La Floriani?... Os doy la enhorabuena... ¡pero no se escribe, querido; no se escribe!

ESCENA VII

(*Cuando vuelve de Epinoy hacia donde está la Princesa, ésta suspira y gime con la cabeza entre las manos*.)

DE EPINOY

¡Clotilde! ¡Os suplico!...

LA PRINCESA

¡Dispensad!... ¡Ya me voy! *(Hace un movimiento como para levantarse.)*

DE EPINOY

¡Calmaos antes, calmaos!

LA PRINCESA

¡Perdonadme! ¡Os lo ruego!... ¡Se me escapa la razón!... ¡Os amo tanto!... Sé que no valgo nada... que no soy una criatura inocente y leal... como ella... Soy una mujer perversa... ¡pero te quiero tanto!... ¡te quiero tanto! *(Le aprieta las manos con pasión, mirándole á través de las lágrimas.)* ¡Nadie te amará como te amo yo! ¡Te lo juro!

DE EPINOY *(estrechándola entre sus brazos y besándola en la frente).*

¡No llores más!

(En el mismo instante entra Julieta por la puerta del fondo y se detiene estupefacta. Después de un momento de silencio avanza dos pasos y dice con aspereza á la Princesa):

¡Seguid, seguid!... ¡Como si estuviérais en vuestra casa!

(La Princesa, después de un minuto de estupor, se arregla los cabellos y el traje, pasa ante Julieta con

altanería y sale por la puerta del fondo. De Epinoy, al encontrarse solo con su mujer, parece indeciso; luego, con el gesto del hombre que renuncia á defenderse, se vuelve á su habitación.

Julieta se sienta semi-desfallecida y enjuga con el guante dos lágrimas que brotan de sus ojos.)

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Algunas semanas después

(En el tocador de Julieta. Julieta sentada cerca de la chimenea y pensativa. Un criado anuncia al señor de Rhodas. Entra éste.)

JULIETA *(tendiéndole la mano).*

¡Ah!... ¡No me parece mal!... ¡No debe de ser muy aburrida la estancia en Rennes!

DE RHODAS

Pues yo no he dejado de aburrirme ni un momento durante mi permanencia en esa población... pero era preciso estudiar inmediatamente el asunto que me había obligado a trasladarme a ella. Por eso he tenido que detenerme allí diez días... Ayer tuvo lugar la vista y he ganado el pleito.

JULIETA

¡Que sea enhorabuena! De lo que ahora se trata es de ganar el que yo tengo pendiente...

DE RHODAS

Eso no es cosa mía... pero está en buenas manos, y además no se puede perder...

JULIETA

El sábado tendrá lugar la vista.

DE RHODAS

Si; el sábado... He estado ya en casa de Labussière... Podéis estar segura de que dentro de ocho días, a estas horas... seréis libre.

JULIETA

¡Perfectamente! ¡Sentaos, pues!

DE RHODAS

¿Habéis almorzado ya? ¿No os estorbo?

JULIETA

De ningún modo... Mis almuerzos y mis comidas no son largas... Cuando una come sola...

DE RHODAS

Sin embargo, vuestro marido continúa viviendo en esta casa...

JULIETA

Sí... pero come en el casino... Nuestros *tete à tete*, ante los criados, serían muy embarazosos en estas circunstancias...

DE RHODAS

Hubiérais evitado esas dificultades aceptando la

separación de domicilio... y, francamente, tuvisteis un magnífico pretexto para abandonar la morada conyugal cuando sorprendisteis á de Epinoy y á la bella Clotilde entregándose á sus expansiones, en vuestra propia habitación...

JULIETA

Pues eso fué precisamente lo que me decidió á quedarme... Tengo también mi orgullo... y creí cuestión de honor responder á esa indignidad duplicando la indiferencia y el desdén... Roger quedó sorprendido al principio del temple de mi alma... pero después se ha acostumbrado y procura imitarme... Nos vemos de cuando en cuando, con la mayor cortesía... Hablamos de cosas indiferentes y hasta bromeamos como dos antiguos camaradas. ¡Es una situación muy divertida!

DE RHODAS (*confidencialmente*).

No me habéis dicho en vuestras cartas la impresión que produjo á Roger el fallecimiento del Príncipe... porque supongo que será un hecho positivo la muerte de ese infeliz...

JULIETA

Y tan positivo.

DE RHODAS

¿Y cómo ocurrió ese desgraciado accidente?

JULIETA

Como lo han referido los periódicos... Una con-

gestión, al apearse del caballo, cuando volvía del bosque.

DE RHODAS

Estaba muy gastado el pobre... Había vivido harto de prisa... y, además, se daba muy malos ratos con sus celos y... Pero ¿qué opina de eso vuestro marido?

JULIETA

Lo ignoro... No he abordado aún con él esta conversación... pero me figuro que estará encantado.

DE RHODAS

¡Oh! ¡Ya lo veremos! Decidme, ¿habéis visto á Guillemot durante mi ausencia?

JULIETA (*distraída*).

¿Guillemot?

DE RHODAS

Sí; á Guillemot, á vuestro abogado.

JULIETA

¡Ah! Sí... parece hombre muy enérgico el tal Guillemot.

DE RHODAS

Sí, muy enérgico... pero lo mismo daba que fuese muy débil... El negocio es seguro... lo ganaría un principiante... Yo voy á verle dentro de un momento en el Palacio de Justicia... pero antes he creído de mi deber preguntaros solemnemente, por última vez, si la reflexión ha modificado vuestras primeras reso-

luciones, si persistís en vuestro propósito de un modo irrevocable... Aún estáis á tiempo de deshacer lo hecho... Una reconciliación, notificada al tribunal con las debidas formalidades, dejaría inmediatamente sin efecto la demanda.

JULIETA

Ya os he dicho, querido amigo, que me ofenden vuestras dudas acerca de ese punto... ¿Qué motivos he tenido para cambiar de opinión? ¡Como no haya sido la escena que me recordábais hace un instante, y que habría venido á agravar, si fuera posible agravarla, una injuria imperdonable!

DE RHODAS

Muy bien!... Lo que os digo es tan sólo en descargo de mi conciencia... puesto que, por lo que á mí se refiere, me encanta, como es natural, que recobréis la libertad.

JULIETA

Así lo creo.

DE RHODAS

Por más que no me hago ilusiones sobre las ventajas que esto ha de reportarme... creo que no ganaré con ello sino una decepción más...

JULIETA

¿Una decepción?... Explicaos.

DE RHODAS

Ni siquiera sufriré la decepción, no abrigando,

como no abrigo, ni la sombra de una esperanza.

JULIETA

¿Por qué?

DE RHODAS

¡Eh!

JULIETA

¿Por qué no habéis dé abrigar esperanzas?

DE RHODAS

Porque sé perfectamente á qué atenerme acerca de mi personalidad.

JULIETA

¿Qué tiene de raro vuestra personalidad?

DE RHODAS

Sólo tiene de raro que no agrada á las mujeres.

JULIETA

¿Dónde habéis comprobado eso?

DE RHODAS

En todas partes y siempre... ¿La causa de ello? La ignoro... es un misterio... Yo no soy deforme; no soy ni siquiera feo... tengo una fisonomía inteligente... algunas cualidades morales... cierto mérito en mi profesión... y á pesar de todo, no soy del agrado de las mujeres.

JULIETA

¡Por el contrario, sois simpático á todo el mundo!

DE RHODAS

¡Esa, esa es la palabra! Vos habéis dado en el *quid*: ¡soy simpático! Soy simpático... es decir que inspiró confianza... que una mujer me confesará de buen grado el secreto de su pasión por otro... por otro menos simpático, menos digno de estimación, menos amable... pero más amado. ¡Amigo y confidente, sí!... ¡amante nunca!... Ese es mi papel, ese es mi tipo, ¡y creed que no es raro en el mundo! Todos los días veréis junto á una señora, ya madura, elegante y perfumada, á algún viejo que no abandona el rincón de la chimenea de su gabinete más que para cumplir sus encargos, para comprarla bombones ó pastillas y para llevar á paseo á su perro... es el amigo simpático, el confidente de su juventud, el fiel compañero de los pasados días...

Ha muerto el marido, han muerto los amantes... sólo él sobrevive como para servir de consuelo supremo á un corazón al que siempre ha interesado, pero sin lograr emocionarle nunca... ¡Pues ese es mi destino tal como está escrito en los registros celestes, y os confieso, querida amiga, que, á falta de otro mejor, tiene también sus encantos!

JULIETA

¿Y no aspiráis á otro mejor?

DE RHODAS

No me atrevo.

JULIETA

Sin embargo, no es cosa de que yo os haga una declaración.

DE RHODAS (*turbado*).

Julieta... no juguéis con mi afecto, os lo suplico. ¡Me hariais caer de tan alto!

(*Julieta le tiende una mano, que él coge y besa. En el mismo instante se abre la puerta y aparece de Epinoy.*)

JULIETA

¡Mi marido!

(*De Rhodas se levanta.*)

ESCENA II

DE EPINOY (*un poco suspenso al principio*).

¿Estorbo?

JULIETA

No; se marchaba de Rhodas y me ocupaba en darle las últimas instrucciones.

DE RHODAS

Debo haceros aún una pregunta... para la solución de la cual nos será útil la presencia del Sr. de Epinoy... La vista de la demanda se ha fijado para el sábado, según sabéis... pero ocurre á veces que la casualidad hace que se pueda obtener una especie de turno de favor en esta clase de asuntos, en los casos en que hay necesidad de suspender la vista de un negocio señalado para tal día por ejemplo... Si se presentase esta ocasión antes del sábado, ¿creéis que convendría adelantar de improviso la vista de nuestro asunto? El hacerlo así tendría la ventaja de que escapariáis á la curiosidad pública.

JULIETA (*á de Epinoy*).

¿Qué te parece?

DE EPINOY

Lo que tú quieras.

JULIETA (*á de Rhodas*).

Cuanto antes se termine, mejor.

DE RHODAS

¿Me autorizáis, pues, formalmente para aprovechar una ocasión de esta especie, si se presentase durante la semana?

JULIETA

Por lo que á mí se refiere, quedáis desde luego autorizado para ello.

(*De Epinoy hace un signo afirmativo.*)

DE RHODAS

¡Está bien! ¡Hasta la vista!

(*Sale de Rhodas.*)

ESCENA III

JULIETA

Qué servicial y qué cariñoso es de Rhodas!

DE EPINOY (*irónicamente*).

Sí; es muy buen amigo.

JULIETA

Tú le debes estar más agradecido aún que yo... pues supongo que ahora estarás más impaciente que nunca por recobrar tu independencia...

DE EPINOY

¿Por qué?

JULIETA

Porque habiendo recobrado la suya la mujer á quien tanto amas...

DE EPINOY

Querida Julieta, no te reconozco en esta ocasión tu delicadeza habitual... Aludes á un acontecimiento demasiado reciente y demasiado penoso para que pueda servir de objeto de una conversación decorosa entre nosotros.

JULIETA

No creía ofenderte aludiendo á lo que te es lícito esperar una vez muerto el Príncipe.

DE EPINOY

Verdad es que ha muerto el Príncipe... pero debes de tener en cuenta que acaba de morir, y que hablar tan pronto de su sucesión me parece una grave inconveniencia.

JULIETA

¡Ah! Estimo en lo que valen esos escrúpulos... pero, francamente, creo que lo que hacías durante su vida... era mucho más inconveniente aún.

DE EPINOY (*confuso, examina los folletos que están sobre la mesa. Luego dirigiéndose de nuevo hacia su mujer*):

Por lo demás, ya que has abordado esta conversación... y teniendo en cuenta que hemos convenido que seremos buenos amigos hasta el último momento... y que, en lo sucesivo, has de ser parte desinteresada en absoluto en este asunto... (*Se sienta.*) ¿Por qué no he de confesarte que necesito un consejo amistoso que me dirija en las delicadísimas circunstancias en que me encuentro?... Tengo formada, hace tiempo, una alta opinión de la serenidad de tus juicios, de tu buen sentido y de la nobleza de tus sentimientos... y desearía que me aconsejases... ¿Cuál crees que debe de ser mi conducta en las presentes circunstancias?

JULIETA

¡Cómo! ¡Pues me parece que no es posible la duda!... Existe una mujer á quien adoras y á la que has comprometido... ella se encuentra libre y tú también... ¡El matrimonio está imperiosamente indicado!

DE EPINOY

¡Qué fácilmente lo arreglas todo!

JULIETA

Pues qué, ¿no la amas ya?

DE EPINOY

Perdona; mis sentimientos continúan siendo los

mismos... Pero casarme con ella sería demostrar que eran ciertos los rumores que han corrido...

JULIETA

¡Eso no ha de ocasionar ya gran perjuicio á nadie!

DE EPINOY

Es verdad... pero...

JULIETA

¡Observa también que tendrás la inmensa y rarísima ventaja de conocer bien á la mujer con quien vas á unirte!

DE EPINOY

¡Oh! Eso sí... la conozco bien.

JULIETA

Tienes la seguridad de encontrar en ella virtudes... que no deben ser frecuentes, puesto que han logrado inspirarte tan extraordinaria pasión.

DE EPINOY

Ciertamente... Pero hay virtudes de varias clases... Virtudes, por ejemplo... No sé cómo expresar mi idea.

JULIETA

Virtudes que un hombre aprecia en su querida... y que no apreciaría en su mujer. ¿No es esto?

DE EPINOY

No, no quiero decir eso... Lo que digo es que pue-

de una mujer tener encantos que la hagan adorable, sin que estos atractivos sean de los que producen la felicidad doméstica.

JULIETA

Es igual... Tú eres un cumplido caballero... Y, en el momento en que te encuentres libre, no puedes menos de ofrecer tu mano á aquella á quien has perdido... A la que ha cometido por ti su primera y única falta.

DE EPINOY (*entre dientes*).

¡Su única falta!

JULIETA

¡Qué! ¿No has sido tú su única falta?

DE EPINOY

¡Oh! Sí... Creo que sí... Hasta donde esas cosas pueden creerse... (*Bruscamente.*) En resumidas cuentas... tu consejo... es que no debo dudar.

JULIETA

Sí, esa es mi opinión.

DE EPINOY

Procuraré seguirla... ¿Y tú, querida Julieta? Según parece, piensas casarte con de Rhodas.

JULIETA

No estoy decidida aún.

DE EPINOY

Así lo dice todo el mundo.

JULIETA

No hay más remedio que dejar al mundo que diga lo que quiera.

DE EPINOY

¿Te agrada de Rhodas?

JULIETA

Sí, ¿á qué negarlo?

DE EPINOY

Pues ha sido una simpatía bien rápidamente adquirida.

JULIETA

No... porque ya me agradaba antes de nuestro matrimonio... sólo que...

DE EPINOY

¿Sólo qué?

JULIETA

Que tú me agradabas más... en tanto que en la actualidad...

DE EPINOY

¿En la actualidad?

JULIETA

En la actualidad... ocurre lo contrario.

DE EPINOY

Me asombra verdaderamente que me digas esas

cosas cara á cara con tanta tranquilidad... porque al fin y al cabo soy aún tu marido.

JULIETA

¡Oh! ¡Pero tan poca cantidad de marido!... ¡y por tan poco tiempo!

DE EPINOY

¡Sea en buen hora! pero aunque sea por poco tiempo, sería acaso de mejor gusto—permíteme esta observación,—sería de mejor gusto ahorrarme, aquí, en mi casa, y mientras estoy aún en ella, el espectáculo de tus efusiones con mi presunto sucesor... No reconozco tampoco en eso tu corrección habitual...

JULIETA

¿Qué quieres?... los malos ejemplos son contagiosos... ¡He presenciado en esta casa espectáculos tan poco edificantes!...

DE EPINOY

Si tú puedes, en último extremo, alegar esa excusa, él no tiene derecho alguno para hacer lo que hace... y me permitirás que cuando venga á mi casa á hacerte la corte en mi presencia...

(Anuncian al señor de Rhodas.)

ESCENA IV

JULIETA

¡Hele aquí!

DE RHODAS (sonriendo).

¡Hay casualidades bien raras!... Acababa de en-

trar en mi casa... cuando llamaron al teléfono... Era Guillemot, vuestro abogado, que estaba en el Palacio de Justicia y me llamaba para decirme que el caso de que os hablaba hace un momento ocurría esta mañana. Se había suspendido la vista de otra demanda de divorcio, que estaba señalada para hoy, por indisposición del abogado... Guillemot me preguntó que si podría autorizarle para que se verificase inmediatamente la de vuestro asunto, porque el presidente accedía á ello.

JULIETA (con ansiedad).

¿Y qué le dijisteis?

DE RHODAS

Juzgué inútil consultaros de nuevo... puesto que acabábais de autorizarme para ello... y le dije que sí.

JULIETA

¿Y luego?

DE RHODAS

Luego... á los veinte minutos, poco más ó menos, el teléfono me advertía de nuevo, según yo había previsto, que el asunto estaba terminado... con arreglo á vuestros deseos, por supuesto. No defendiéndose, como no se defendía el señor de Epinoy, la vista no era más que una formalidad.

JULIETA

Entonces, ¿todo ha concluído?

(Se siente muy turbada.)

DE RHODAS (*con viveza, notando su emoción*).

¡Sí... y espero que no me desautorizaréis ahora!...
¡Sería ya un poco tarde!

JULIETA

No por cierto; experimento la sorpresa, la impresión que es natural... pero eso no impide que os agradezca con toda el alma vuestro interés.

DE EPINOY

Y yo también tengo que agradecer al Sr. de Rhodas el celo verdaderamente extraordinario que ha tenido á bien mostrar para conseguir cuanto antes nuestra mutua libertad... No sé hasta qué punto forma parte de sus deberes profesionales ese apresuramiento febril para poner las cosas en lo peor... No juzgo más que bajo el punto de vista de la delicadeza y del honor ordinarios, y bajo ese punto de vista el Sr. de Rhodas me permitirá que le diga...

JULIETA

¡Roger!

DE RHODAS (*separándola con dulzura*).

¡Ah! ¡Perdonad, señora!... y permitidme decir dos palabras... No tengo, efectivamente, por qué recibir lecciones del Sr. de Epinoy acerca de mis deberes profesionales, que creo conocer mejor que él... pero en lo que se refiere á la delicadeza y al honor, sabido es por todo el mundo que el Sr. de Epinoy es buen maestro, y yo me conceptuaría dichoso recibiendo

cuantas lecciones tuviera á bien darme acerca de estos puntos...

DE EPINOY

¡Está bien, caballero!... Entendido.
(*Hace un movimiento para retirarse.*)

JULIETA (*deteniéndole*).

Roger... lo que haces en este instante es peor que todo lo malo que has hecho anteriormente. Hasta ahora podía, á pesar de todo, continuar estimándote... y aun queriéndote... Podía hacerme la ilusión de que tu falta, tu crimen para conmigo, por muy odioso que me fuese, no era más que la consecuencia de una hora de pasión, de debilidad, de ligereza... pero ahora, cuando después de haber destrozado mi vida, quieres quitarme el único amigo que me queda... cuando tratas de arrancarme en mi desgracia... en mi naufragio, que es obra tuya, el único apoyo que puede sostenerme... ejecutas una acción digna de un malvado... de un corazón vil... de un alma miserable.

DE EPINOY

Quando el Sr. de Rhodas tenga la honra de ser tu esposo... consideraré que tengo obligación de respetarle en su calidad de tal... Te doy mi palabra de honor... Pero no lo es aún... y tu lenguaje, más ó menos serio, durante la conversación que acabamos de tener acerca de este asunto, me permite esperar que no lo será nunca.

JULIETA

Tomad mi mano, Pedro. Es vuestra desde ahora. (A de Epinoy.) ¡Vamos á ver lo que vale tu palabra de honor!

DE EPINOY (*después de un momento de lucha dolorosa consigo mismo*).

Caballero... Os ruego me dispenséis...
(De Rhodas le saluda con gravedad.)

DE RHODAS

Tendréis que tomar algunas disposiciones... Os dejo.

(Saluda de nuevo y se retira.)

ESCENA V

(Un silencio.—JULIETA se sienta.)

DE EPINOY (*grave y triste*).

Deseas conservar este hotel para ti y para tu madre y tienes perfecto derecho á ello. Yo soy, pues, quien debe salir... y no esperaré á que vengan á echarme. En tanto que no se había pronunciado la sentencia de divorcio, tenía explicación mi presencia en esta casa... Desde este instante no tendría razón de ser... Voy, pues, á dejarte... Partiré hoy mismo... En cuanto haya dado las órdenes necesarias... Tendremos probablemente que tratar aún algunos asuntos de interés; pero supongo que preferirás, como lo prefiero yo, que nos entendamos por corresponden-

cia ó por intermediarios, evitando en adelante toda entrevista personal. Además, yo me propongo viajar durante algún tiempo. (*Después de una pausa dice sencillamente:*) ¡Adiós!

(Se dirige hacia la puerta de su habitación.)

JULIETA

¡Adiós! ¡Mucho me has hecho sufrir en mi corta vida! Sin embargo, mi última palabra será de gratitud... Te agradezco que, defiriendo á mi ruego, hayas presentado tus excusas al señor de Rhodas... Debe haberte costado gran sacrificio.

DE EPINOY

Bastante... pero es aún mayor para mí el de dejarte para siempre, en la idea de que soy un malvado.

JULIETA

Nunca he creído tal cosa.

DE EPINOY

Es imposible que no lo creas. Yo te he hecho víctima de una traición abominable y, aunque existían circunstancias que atenuaban mi falta, no te las he manifestado... No podía manifestártelas. En la situación en que me hallaba para contigo, una vez que te habías enterado de la verdad, toda justificación hubiera parecido un manejo de hipócrita cobardía. Hubieras creído que mentía para continuar engañándote, para calmar tu resentimiento y lograr que renunciases á tu proyecto de divorcio. Si cien veces

te hubiera dicho la verdad, cien veces hubieras dudado de mis palabras... y con razón. Por eso desde que hiciste ese fatal descubrimiento, me has encontrado siempre inerte, resignado, estúpido... He dicho ese fatal descubrimiento... y me he equivocado... fué un descubrimiento feliz... feliz para ti, porque te te arrancaba, aunque fuese á costa de otras amarguras, á la situación indigna en que yo te había colocado...y feliz tambien para mí, ¿por qué no decirlo? porque ponía fin á una vida de duplicidad que constituía un verdadero suplicio... un martirio insoportable para mí.

JULIETA (*dudando*).

¡Un martirio!

DE EPINOY

Si, Julieta... un martirio... una verdadera tortura... que no diré que me hiciera acreedor á tu perdón... pero sí tal vez á tu indulgencia y aun á tu piedad, si hubieses podido medir la intensidad de mi sufrimiento... si hubieses podido comprender lo que pasa en el alma de un hombre que siempre ha sido honrado y leal, y que se ha condenado á sí mismo... por su propia culpa... á mentir... á mentir sin cesar... de día y de noche... á cada minuto, y que sabe que su martirio ha de prolongarse durante años... ¡Oh!... ¡Eso era el infierno!... Ya puedo confesarte, ahora que todo ha concluído entre nosotros, ahora que no podrás sospechar ya alguna torpe manobra que, desde el día primero en que supe apre-

ciarte, te amé... Apenas nos habíamos casado, cuando tu graciosa honestidad, tu talento serio y atractivo y tu suave y pura belleza se habían hecho dueños absolutos de mi corazón... pero no sé qué especie de escrúpulo, de vergüenza, de remordimiento, me hacía retener á tu lado, las palabras de ternura que quemaban mis labios... ¡Cuántas veces he estado á punto de arrojarme á tus pies y de confesarte la verdad... de confesarte mi perfidia... mi traición... de decirte también cuánto te amaba... y que tú, tú sola eras el objeto de mi amor!... Pero esto era hacer traición á otra... á otra á quien, después de todo, había amado y que me amaba... Temía además por ti... y por ella... los impetuosos arrebatos de un carácter violento, imperioso... sin freno... y continuaba arrastrando mi cadena... y mintiendo... y sufriendo sin cesar.

(*Oculta el rostro entre las manos.*)

JULIETA (*emocionada*).

¡Ah! Roger, Roger... ¿Qué consigues con eso?... Es inútil... es cruel... ahora que la ley se interpone entre nosotros.

DE EPINOY (*con profunda emoción*).

¿Que qué consigo?... En primer lugar aliviar mi corazón... descargar mi conciencia... y en segundo, que conserves de mí una idea más justa... un recuerdo más grato... que me perdones en el fondo de tu alma adorada... que me digas en este momento, en que vamos á separarnos para siempre... que, si me

hubieras conocido tal como soy, no me hubieras abandonado.

JULIETA (*en un arranque de dulce ternura*).

¡No!... pero déjame... vete... te lo pido... te lo ruego.

DE EPINOY

¡Adiós, pues, adiós!

(*La estrecha contra su corazón. Aparece de Rhodas en el fondo.*)

ESCENA VI

DE RHODAS (*un poco irónico*).

¡Está bien!... ¿Pero entonces?...

JULIETA (*confusa*).

Perdonad, amigo mío... mas después de dos años de intimidad... no es posible separarse...

DE RHODAS

¿Sin experimentar cierta emoción?... Es indudable... pero cuando la emoción es tan viva y tan tierna, me parece que sería mejor no separarse. ¿No opináis lo mismo?

JULIETA

Es imposible... Dictada ya sentencia...

DE EPINOY

¿No podría ocurrir que esa sentencia tan repen-

tina... fuese una prueba ideada por un amigo deseoso de conocer el fondo de vuestro corazón... y que tiene, por otra parte, más aptitud para amar que para ser amado?

JULIETA (*cogiéndole la mano en un arranque de alegría*).

¡Ah! ¡No digáis eso, amigo mío!... ¡Porque yo os aseguro que os quiero mucho!

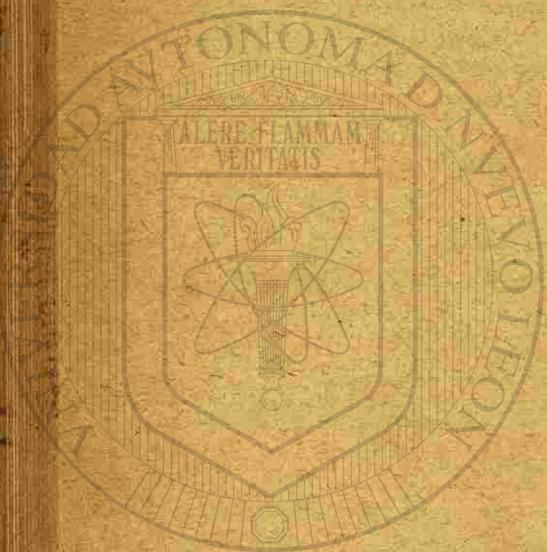
DE RHODAS

¡Ya lo oís, de Epinoy!... ¡Os quiere mucho!

DE EPINOY (*con emoción, cogiéndole la otra mano*).

¡Qué imbécil he sido al dudar de vuestra lealtad!

FIN DE LA COMEDIA



CARIBDIS Y SCILA

PROVERBIO EN UN ACTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECAS
CALLE DE LOS REYES
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN



PERSONAJES

ENRIQUE LATOURNELLE, guapo mozo, pero un poco rígido y de maneras afectadas.

LA SEÑORA DE VERNAGE, su suegra.

ODETA, su mujer.

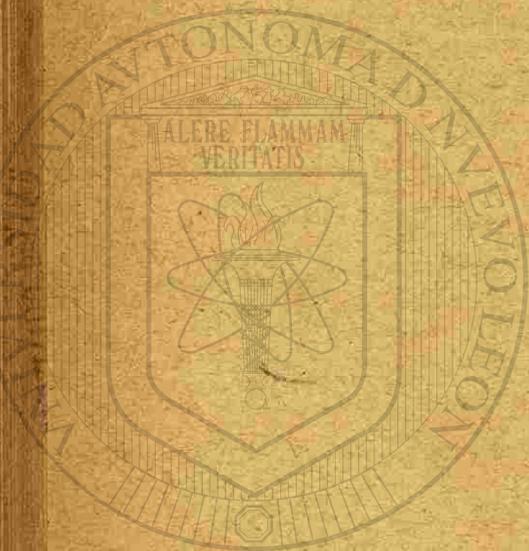
BAUTISTA, criado.

JULIA, criada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL
FACULTAD DE LETRAS
Año. 1925 MONTERREY, NUEVO LEÓN



ACTO ÚNICO

La escena, dividida, representa en un lado un salón elegante. Dos lámparas encendidas. Fuego en la chimenea. En el otro un comedor, en el que está servida la mesa.

ESCENA PRIMERA

LATOURNELLE solo. *(Pasea á través del salón con aire preocupado, deteniéndose de cuando en cuando para mirar la hora en su reloj.)*—*(Entra Bautista, y deja algunos periódicos sobre un velador.)*

LATOURNELLE

¿Han vuelto las señoras?

BAUTISTA

La señora de Vernage ha llegado en este instante, pero la señora no ha vuelto aún.

(Sale Bautista. Latournelle empieza de nuevo su paseo. A los pocos minutos entra la señora de Vernage.)

LA SEÑORA DE VERNAGE

¡Buenos días, querido! (*Latournelle saluda con frialdad.*) ¿No ha vuelto aún Odeta?

LATOURNELLE

No, señora.

LA SEÑORA DE VERNAGE (*reclinándose en un diván.*)

¡Pobrecilla! Verdad es que no son más que las siete.

LATOURNELLE

Sí... y ¡como no está fuera más que desde las doce!

(*La señora de Vernage coge una labor de crochet, y se pone á trabajar sin responderle.*)

LATOURNELLE (*vuelve á dar algunos paseos por la habitación, y deteniéndose de pronto ante su suegra.*)

Decid, señora. ¿Qué género de vida es el que lleva vuestra hija?

LA SEÑORA DE VERNAGE (*con calma.*)

Lleva una vida muy agradable, querido; hace visitas; va con frecuencia á hacer compras al *Lowre*, al *Bon-Marché*, al *Printemps*... y también suele visitar, en mi compañía, todo cuanto es digno de ser visitado; los Museos, las Exposiciones, etc.; porque, á Dios gracias, tengo mucho gusto en poder acompañarla á todas partes desde que vos habéis dejado de dispensarla ese honor... durante el día al menos...

desde que se os metió entre ceja y ceja incomodaros con ella, ¡no sé por qué!

LATOURNELLE

¡Oh! sí; sí sabéis por qué, señora mía... Durante la primera época de nuestro matrimonio he sido un marido perfecto para Odeta, y sería injusto que no confesase que la conducta de ella nada dejaba entonces que desear... Pero luego, desde hace siete ú ocho meses, mi mujer parece un caballo desbocado... Recorre, como una loca, todo París, desde por la mañana hasta por la noche... Sale de casa al amanecer y vuelve tan sólo á las horas de las comidas y con prisas... Cuando trato de preguntarle acerca de lo que hace, sus respuestas son vagas, dificultosas... y si bien es cierto que no han llegado á inquietarme hasta ahora, no lo es menos que me parece muy extravagante su conducta.

LA SEÑORA DE VERNAGE (*que continúa trabajando tranquilamente.*)

Reunid vuestros recuerdos, querido... Vuestra mujer no ha empezado ese género de vida, que tanto os disgusta, hasta el día en que la abandonásteis á sí misma, haciéndola notar el profundo desprecio que os inspiraba... Hasta el día en que parecíais huir de su compañía y evitar su conversación... Hasta el día en que yo misma he observado que os aburríais ó fingíais aburriros estando á su lado, cosas que no podían agradar en modo alguno á una mujer joven.

LATOURNELLE

¿Y quién tiene la culpa de que nuestras conversaciones fueran imposibles... de que vuestra hija no encontrase palabras para responderme cuando yo la hablaba?...

LA SEÑORA DE VERNAGE

¡Claro, la hablabais de política!

LATOURNELLE

La hablaba de política... de literatura... de bellas artes... de historia... de ciencias naturales... en una palabra, llamaba á todas las puertas y todas las encontraba igualmente cerradas... ¿Quién tiene la culpa de eso, señora?... Yo no conocía á vuestra hija cuando me casé con ella... casi nunca se conoce más que muy superficialmente á la mujer con quien uno se casa... pero vos, señora... vos la conocíais perfectamente... y á mí también me conocíais... Sabíais que, sin ser enemigo de las distracciones mundanas, era un hombre de gustos serios, un hombre ilustrado... una inteligencia cultivada...

Sabíais, por otra parte, que vuestra hija, bien dotada por la naturaleza en cuanto á sus prendas físicas, era una persona de gustos enteramente frívolos, desprovista de toda cultura intelectual, sin instrucción de ninguna especie, incapaz, en fin, de sostener una conversación interesante... ¿Cómo pudísteis creer que la unión de dos seres de tan diverso modo de pensar y de sentir pudiera ser dichosa?

LA SEÑORA DE VERNAGE (*con frialdad*).

Como he educado yo misma á mi hija, no he podido enseñarla más que lo que yo sabía.

LATOURNELLE

Pues precisamente eso es lo que os reprocho, señora mía... Vos no debíais ignorar que hoy día se exige á las jóvenes una instrucción que no exija la generación á que vos pertenecéis... Comprendiendo, por consiguiente, vuestra insuficiencia, debíais haber dispuesto que os auxiliasen en vuestra tarea algunos profesores hábiles, porque la verdad es que siento profunda curiosidad de saber qué es lo que habéis enseñado á vuestra hija... ¡Ni siquiera sabe la Historia Sagrada!... Recuerdo que un día, en el Museo, me preguntó lo que representaba un cuadro... Yo la dije que era una Salomé... "¿Salomé? ¿Y qué quiere decir eso?", — me preguntó vuestra hija... — Los que estaban á nuestro lado se echaron á reír... es natural... ¿Y creéis que estas cosas no mortifican á un marido y no le quitan el gusto para llevar á su mujer á los Museos ni á ninguna otra parte?

LA SEÑORA DE VERNAGE

Os confieso que, al enseñar á mi hija la Historia Sagrada, no creí necesario insistir mucho acerca de Salomé.

LATOURNELLE

La verdad es que, con vuestras antiguas costumbres aristocráticas y vuestro fanatismo reacciona-

rio, profesáis un santo horror á todos los progresos modernos, y en particular á los liceos, recientemente creados, para la instrucción de las jóvenes... ¡Qué lástima que no os ocurriera la excelente idea de poner á vuestra hija en uno de esos admirables establecimientos!...

LA SEÑORA DE VERNAGE (*dejando bruscamente la labor*).

Si hubiera puesto á mi hija en uno de esos establecimientos, hubiera creído cometer un crimen para con su futuro marido.

LATOURNELLE

¿Pensábais, pues, casarla con algún ignorante ó algún necio?

LA SEÑORA DE VERNAGE

Pensaba, por el contrario, casarla con un hombre instruído y de talento, y quería reservar á ese hombre el precioso privilegio de cultivar por sí mismo, ó al menos de perfeccionar á su gusto, la inteligencia de su mujer. Abrigaba la esperanza de que ese hombre comprendería toda la dulzura y toda la fuerza que añaden á los lazos del matrimonio esas relaciones cariñosas entre maestro y discípulo. Hubiera creído cometer una falta quitando por anticipado á mi yerno el prestigio de su superioridad á los ojos de su joven esposa... porque si una mujer no admira á su marido, podéis creer que no le ama mucho... Preciso es, por lo tanto, que reconozca que su esposo es un sér superior, una especie de arcán-

gel que se digna colocarla sobre sus alas, para ir la elevando poco á poco en el luminoso espacio... ¡Vos no tenéis idea de lo que semejante enseñanza, apenas sensible, y que parece no ser más que una forma algo más seria del amor, impresiona, entenece, atrae el corazón de una mujer!... ¡Pero no! ¡Vos hubierais querido que vuestra esposa saliese de un liceo como un objeto de arte enteramente perfilado y concluído, como Minerva del cerebro de Júpiter... ¡Ah, Dios mío! Ya sé yo que el sistema que se ensalza en la actualidad es el de completar en absoluto la educación de las mujeres antes de que se casen... Pero dispensad que os pregunte si, al formar así, en una especie de molde oficial, la inteligencia y el corazón de una joven, estáis bien seguro de no ponerla, por adelantado, en contradicción con el que ha de ser su esposo... de que no ha de causarle desagrado que ella haya adquirido esos conocimientos... ¿No puede, por otra parte, ocurrir que la desigualdad se manifieste entonces en perjuicio del marido, que sufriría por ello un disgusto, en tanto que la mujer no podría librarse de sentir un secreto desprecio por su dueño y señor?... En una palabra: teniendo en cuenta todas estas consideraciones y otras varias que me reservo, he creído y creo que una madre debe completar hasta la perfección la educación moral de su hija; pero no debe hacer más que esbozar su educación intelectual, preparando el terreno á su futuro marido... Ese he creído que era mi deber... y lo he cumplido... Permitidme que os pregunte si habéis cumplido vos el vuestro.

LATOURNELLE

Y yo os pregunto á mi vez. ¿Sabéis qué cara hubiese puesto vuestra hija si yo hubiera pretendido imponerla dos ó tres horas de clase todas las mañanas?... ¡Porque es lo menos que hubiera necesitado!

LA SEÑORA DE VERNAGE

No se trataba de darla clase... Se trataba de aprovechar, uno y otro día, en el curso ordinario de la vida, las ocasiones de extender sus conocimientos, de rectificar sus juicios, de formar sus gustos, de educar su pensamiento... y esas ocasiones no faltan ciertamente en París.

LATOURNELLE

¡Oh! ¡señora! Me habéis puesto en el caso de tener que tocar un punto muy delicado... Respeto vuestras ilusiones maternas... pero creo que las exageráis un poco... y hasta un mucho... acerca de las aptitudes de vuestra hija... Es tan frívola que, por mi parte, la creo incapaz de ningún estudio serio.

LA SEÑORA DE VERNAGE

¡Me hacéis reír, querido yerno!

LATOURNELLE

Pues á mí maldita la risa que me causa eso... porque la frivolidad llevada al extremo, como la lleva vuestra hija, no es tan sólo una ridiculez... es un peligro... un desorden moral, que conduce fatalmente

á la mujer al olvido de todos sus deberes... ¿Conocéis á muchas que sean honradas entre esas casquivanas agitadas que pasan la vida recorriendo las tiendas, coqueteando en los alrededores del lago y atracándose después de emparedados, de *foies-gras* y de Málaga interin llega la hora de comer?... Pues lo son muy pocas... ¡En fin, señora, para que no ignoréis nada, os diré... que vuestra hija está en camino de perder mi confianza... ó, por mejor decir, que la ha perdido ya!...

LA SEÑORA DE VERNAGE

¡Ah!

LATOURNELLE

Sí; la ha perdido, porque no es sólo frivolidad y ligereza lo que se observa en su actual género de vida... hay también cosas misteriosas... equívocas... Odeta no es franca conmigo... me consta que me ha engañado más de una vez al preguntarla en qué había empleado el tiempo... La veo además encerrarse frecuentemente en su cuarto... tiene cajones secretos... en los que oculta indudablemente algo... las cartas que escribe... ó las que la dirigen tal vez... Hace tres días entré en su habitación sin avisarla previamente, y la ví encerrar con precipitación un diluvio de papelotes en uno de esos muebles... Observé también que enrojeció hasta la raíz del pelo...

LA SEÑORA DE VERNAGE

¡Ah! ¡Esto es ya demasiado! ¡No puedo sufrir más!... ¡Vos sí que váis á enrojecer hasta la raíz del

pelol... ¿Sabéis lo que oculta en esos cajones con secreto esa mujer frívola, pueril, incapaz?... Pues lo que oculta es un título de maestra elemental... que ha obtenido en los últimos exámenes.

LATOURNELLE (*estupefacto é incrédulo*).

¡No!... ¡Quiá!... ¡Imposible!

LA SEÑORA DE VERNAGE

Posible y bien posible... y no es eso todo... En la actualidad se está preparando para obtener el título de maestra superior en los exámenes de julio... Ya sabéis, pues, en lo que emplea el tiempo desde hace siete ú ocho meses... lo emplea en asistir á las clases... y cuando se encierra en su cuarto, lo hace para tomar notas, para estudiar, para dibujar... No, no, no tratéis de ocultar esas lagrimillas que se deslizan por los ángulos de vuestros ojos... ellas me hacen olvidar vuestras impertinencias de hace un instante... (*Cogiéndole las manos.*) ¡Ah!... ¿Conque érais muy desgraciado?

LATOURNELLE

Sí, muy desgraciado.

LA SEÑORA DE VERNAGE

¿Amáis, pues, un poco, á pesar de todo, á mi destable hija?

LATOURNELLE

¡Oh! ¡mucho!

(*La besa la mano.*)

LA SEÑORA DE VERNAGE

No... no es á mí... no es á mí... á quien debéis agradecerse... es á ella sola. Yo no era de esa opinión; encontraba muchos inconvenientes y dificultades para llevar á cabo su proyecto... pero ella lo ha exigido. "Haciéndolo así—me dijo,—no tendrá disculpa...," (*Escuchando.*) ¡Ya vienel... Se va á desesperar cuando sepa que la he hecho traición... Quería reservar esta sorpresa hasta que obtuviera el título de maestra superior.

ESCENA II

ODETA (*entrando*).

¡Heme aquí!... Me he retrasado un poco... (*Se interrumpe al notar la actitud de su madre y su marido y dice á media voz*): ¿Qué ocurre?

LA SEÑORA DE VERNAGE

Me vas á regañar, hija mía... pero tu marido había concebido tan extrañas ideas... encontraba tan misteriosa tu conducta... sufría tanto... que he tenido que decirse todo.

ODETA

¡Oh! ¡mamá!

LATOURNELLE (*abriéndola los brazos*).

¡Abrázame! (*Odet se arroja en sus brazos muy conmovida.*) ¡Querida mía!... ¡Qué bien se está así!

ODETA

¿Estás contento?

LATOURNELLE

¡Mucho!

BAUTISTA (*apareciendo en el fondo.*)

¡La señora está servida!

*(Pasan al comedor. Entran los tres en él hablando alegremente. Luego se sientan á la mesa. Bautista va y viene con los platos.)*LATOURNELLE (*riendo.*)

Lo que más me admira es que ninguna de tus amigas me haya revelado tu secreto...

ODETA

Es que no lo sabían.

LATOURNELLE

¡Ah!

ODETA

¡Pero no puedes figurarte el cúmulo de argucias y de mentiras á que he tenido que apelar!

(Empiezan á comer.)

LATOURNELLE

Me enseñarás tus cuadernos... tus notas... ¡Su lectura me agradará muchísimo!

ODETA

Todo lo que tú quieras.

LATOURNELLE

¿Y piensas efectivamente aspirar al título de maestra superior?

ODETA (*muy animada.*)

¡Ya lo creo!... ¡Y espero conseguirlo!

LATOURNELLE

¡Ya sabes que son muy rigurosos los exámenes para obtener ese título!

ODETA

Sí; ya lo sé... pero trabajaré cuanto sea necesario... Además, tengo los mejores profesores... Monsieur Chevreau-Lambert de gramática francesa y literatura...

LATOURNELLE

¡Ah! ¡Chevreau-Lambert!... ¡Cáspita!

ODETA

El mismo... Mr. Renaudot de geografía y de historia... Mr. Tellier de ciencias... Hamel Druot de dibujo... en fin, la flor del profesorado.

LATOURNELLE

¡Pues no estarán descontentos esos señores! (*A la señora de Vernagé.*) ¿Y acompañáis vos á Odetta á las clases?

LA SEÑORA DE VERNAGÉ

A algunas la acompaño... á otras no... según los profesores que las explican...

ODETA

Y has hecho muy bien en no ir esta tarde á casa

de Renaudot... Estábamos una quincena de alumnas en aquel saloncito tan pequeño, con la chimenea encendida y las luces de gas también... Yo creí que me asfixiaba... Faltaba oxígeno en aquella atmósfera... pero abundaban, en cambio, el ázoe y el ácido carbónico.

LATOURNELLE

¡Ah! ¡Ah! ¡Bravo, bravo!... Ya veo que has aprendido química...

ODETA

¡Oh! Las cosas más elementales nada más... Anda, hazme algunas preguntas... pero que no sean muy difíciles.

LATOURNELLE

¿Algunas preguntas?... ¿De química?

ODETA

Sí.

LATOURNELLE

¿Para qué?... No vale la pena... Creo en tu palabra.

LA SEÑORA DE VERNAGE

Puesto que la complacéis, haciendoselas...

LATOURNELLE (*turbado.*)

Bien... Vamos á ver... ¿Qué es el gas?

ODETA

¿Qué gas?

LATOURNELLE

El gas del alumbrado...

ODETA

Es hidrógeno.

LATOURNELLE

Perfectamente... Basta... basta.

ODETA

¿Quieres darme un poco de cloruro de sodio?...
(*Latournelle, después de vacilar un momento, acerca á su mujer una botella de agua mineral que tiene á su lado.*)

ODETA

No, Enrique, no... ¡Te pido el cloruro de sodio, y me das el agua de Saint-Galmier!... El cloruro de sodio... la sal, es lo que deseo.

LATOURNELLE

¡Ah!... El cloruro de sodio... tómalo (*la da el salero*). Y en historia, ¿estás tan fuerte como en química, querida mía?... ¡Creo que no exigen más que la historia de Francia en esos exámenes!

ODETA

En los del grado elemental, sí... pero en los del superior exigen también la historia universal... y yo he aprendido ya la mayor parte...

LATOURNELLE (*sonriendo.*)

¿Entonces sabrás ahora quién fué Salomé?

ODETA

Ya lo creo... Salomé, hija de Herodiades, la cual

se había casado con Herodes en segundas nupcias, Herodiades era cuñada de Herodes, y su matrimonio con éste, considerado como incestuoso por los judíos, provocó los reproches y los anatemas de San Juan Bautista. En venganza de estas ofensas Herodiades juró la muerte del Apóstol... é hizo que su hija Salomé pidiera á Herodes la cabeza de San Juan. Para conseguirla, Salomé fascinó á Herodes con los encantos de la danza... Según algunos comentaristas, hay motivos para suponer que no se limitó á las seducciones del baile, y que tuvieron lugar relaciones de mayor trascendencia entre ella y su padre político... ¡No parece esto muy correcto; pero en semejante familia todo puede suponerse!...

LATOURNELLE (*que ha ido poniéndose pensativo*).

¿Qué es lo que estás diciendo?... Nunca he oído hablar de tales comentarios...

OETA

Dice Mr. Renaudot que esta hipótesis es muy verosímil, porque no es posible explicar el sanguinario acto á que Herodes se dejó inducir más que por la violencia de la pasión y del deseo, sobre todo si se tiene en cuenta que dicho Príncipe estaba muy lejos de ser cruel.

LATOURNELLE (*que la ha escuchado con impaciencia creciente*).

¡Cómo!... ¿Qué no era cruel Herodes?... ¿Y la degollación de los inocentes?...

OETA

Dispensa, querido... creo que confundes á los dos Herodes... El de la degollación de los inocentes, el tuyo, era Herodes el Grande, que empezó á reinar cuarenta años antes de Jesucristo... y el mío, el de Salomé, era Herodes Antipas, hijo del anterior, que empezó á reinar dos años después de Jesucristo.

LATOURNELLE

¿Estás segura?

OETA

Sí, amigo mío.

LATOURNELLE

La verdad es que la historia de todos esos tiempos es tan oscura...

LA SEÑORA DE VERNAGE (*tosiendo*).

¡Hem! ¡hem!

LATOURNELLE

¿Deciais, señora?

LA SEÑORA DE VERNAGE

No, nada.

LATOURNELLE

Están riquísimos estos timbales de cangrejos... ¡Has debido aburrirte cruelmente, querida Oeta, durante siete meses largos de un trabajo tan serio!...

OETA

No mucho... Ya sabes lo que ha dicho el poeta:
El trabajo es con frecuencia padre del placer.

LATOURNELLE

¡Ah! ¡de Boileau! ¡Muy bien! ¡muy bien! Pero fuerza es convenir en que el pensamiento que has citado no es de los mejores de su autor.

ODETA

Si no es de Boileau, querido; es de Voltaire.

LATOURNELLE (*algo turbado, pero reponiéndose y afectando recir*).

¡Ah! ¡bravo! ¡No has caído en el lazo!

ODETA

¿Conqué era un lazo?

LATOURNELLE

Naturalmente... Quería ver tu seguridad en el conocimiento de los autores. Ya comprenderás que no era fácil que yo me equivocase. Los versos de Boileau son más cadenciosos... y aun el mismo Voltaire estaba más inspirado de ordinario... sobre todo en sus poesías ligeras... Su cuarteto, que acaba

Deslizaos, mortales, sin romper el suelo,
es encantador.

ODETA (*mirándole fijamente*).

¿Es este otro lazo, amigo mío?

LATOURNELLE (*inquieto*).

¡Cómo!... ¡No!... ¿Por qué?

ODETA

Porque ese cuarteto... no es... de Voltaire,

LATOURNELLE

¿Que no?...

ODETA

Es del poeta Roy... que lo escribió al dorso de un grabado que representaba á unos jóvenes patinando:
Sobre un cristal delgado sigue el invierno su camino.
El precipicio se halla oculto bajo el hielo.
Tal es de vuestros tentadores placeres el destino.
¡Deslizaos, mortales, sin romper el suelo!

LATOURNELLE

En fin, sea de quien quiera, lo cierto es que es precioso.

LA SEÑORA DE VERNAGE (*tosiendo*).

¡Hem!

LATOURNELLE

¿Deciais, señora?

LA SEÑORA DE VERNAGE

No digo nada, amigo mío; estoy comiendo tranquilamente.

(*Bautista presenta el plato de asado*).

LATOURNELLE (*algo incomodado*).

¿De qué es el asado?... ¿También de vaca?... No quisiera, querida Odeta, tener que dirigirte repro-

ches en un día como el de hoy!... pero te ruego que nos pongas alguna vez ternera ó cordero, en lugar de tanto carnero y tanta vaca, que ya me apestan...

ODETA

Sí, pero debes tener en cuenta que las carnes de ternera y de cordero se componen, casi exclusivamente, de fibrina y de albúmina, lo cual no es higiénico, sobre todo para ti, que eres tan linfático.

LATOURNELLE (*aparte y con disgusto*).

¡Linfático! (*En voz alta*). ¡Qué! ¿También aprendes medicina?

ODETA

Algunas nociones... de la parte de esa ciencia que se relaciona con la química y la higiene...

LATOURNELLE (*á la señora de Vernage*).

¿No os parece, señora, que se exige demasiado á esas pobres muchachas... que se las abrumba de trabajo?

LA SEÑORA DE VERNAGE

No, amigo mío; no es tanto como creéis.
(*Un silencio*.)

LATOURNELLE (*volviendo á su aspecto sombrío*).

Y esos profesores que os examinan, ¿guardan al menos las conveniencias debidas á vuestra edad y vuestro sexo?

ODETA

Por regla general nos tienen toda clase de consideraciones... pero no faltan ejemplos de imprudencias cometidas por ellos. Voy á citarte uno: En un examen para el grado superior, al que mamá y yo asistíamos... (¿te acuerdas, mamá?) uno de los examinadores preguntó á la joven aspirante que se examinaba: "¿Podéis decirme, señorita, quién era el Rey Candaule?—¿El Rey Candaule preguntáis?...—Sí, señora... Oiréis con mucha frecuencia aludir á su historia... veréis también cuadros que representan la escena principal de su vida... Necesario es, por lo tanto, ó al menos útil, que sepáis algo de ella...," Y al ver que la pobre muchacha se ponía colorada y callaba: "¿De modo, señorita (continuó), que no sabéis quién fué el Rey Candaule?—Sí, señor (contestó ella entonces bruscamente), fué un imbécil...," Los examinadores se echaron á reir... Yo ignoraba en absoluto la historia del Rey Candaule; pero, al salir del examen, consulté la *Biografía Michaud*... y encontré lo que buscaba.

LATOURNELLE (*inquieto*).

¿Qué encontraste?

ODETA

Encontré... que tenía razón aquella señorita... que el Rey Candaule fué un imbécil. ¿No comes asado?

LATOURNELLE (*cada vez más sombrío*).

No... gracias... no tengo apetito, á pesar de que

he hecho mucho ejercicio... He ido á pie hasta la calle de Presbourg á despedir á Dussailly...

ODETA

¡Ah! ¿Conque se marcha decididamente Dussailly?

LATOURNELLE

Sí... se va á América... ¿Y has perfeccionado también la letra?

ODETA

¡Oh! sí; era indispensable para el examen... Tengo también profesor de escritura y quedarás agradablemente sorprendido al ver que soy una verdadera artista... *en el ingenioso arte de pintar la palabra y hablar á los ojos.*

(Se levantan de la mesa.)

LATOURNELLE

¡Ah! ¡Eso sí que es de Boileau!

ODETA *(mirándole alegremente).*

No, hombre no... Tú lo haces apropósito...

LATOURNELLE

¿Cómo?... ¿No es de Boileau?

ODETA

¡Bien sabes que no!... ¡que es de Brebeuf... en la Pharsale!

LATOURNELLE

¡Ah! ¡de Brebeuf!... ¡Cáspita! De Brebeuf... Confieso que hace tiempo que no leo nada de Brebeuf

LA SEÑORA DE VERNAGE *(á quien Latournelle da el brazo).*

No diréis que no ha aprovechado el tiempo.

LATOURNELLE *(aturdido).*

¡Demasiado!

LA SEÑORA DE VERNAGE

¡Pues figuraos lo que sabrá cuando obtenga el grado superior!

(Pasan de nuevo á la sala.)

ESCENA III.

(Bautista y Julia entran á quitar la mesa.)

JULIA

¿Cómo charlaban tanto los señores hoy? ¡Se les oía desde la cocina!

(Latournelle vuelve en este momento á la puerta del comedor y levanta el portier.)

BAUTISTA *(sin verle, contestando á Julia).*

¡Ah! ¡no sabes lo que te has perdido!... ¡La señora ha estado embromando al señor toda la comida!...

¡Lo que me he reído!...

(Se vuelve y ve á Latournelle.)

LATOURNELLE (*con severidad*).

Tráeme la petaca, que está en mi paletot.

BAUTISTA

¡Voy en seguida, señor!

ESCENA IV

(*En la sala.*)

ODETA

¿Pero es posible, mamá?... ¿Conque sospechaba de mí?...

LA SEÑORA DE VERNAGE

No es que sospechase de ti, precisamente; pero estaba intranquilo... algo celoso... ¡No tienes por qué quejarte de eso!

(*Entra Latournelle.*)

ODETA (*cogiéndole las manos*).

¡Cómo! ¡miserable! ¿Conque estabais celoso?... ¿Conque os permitiais dudar de mí?...

LATOURNELLE

¡De ningún modo!... ¡Pero no comprendía todos esos misterios!

ODETA

¡Tranquilízate, desgraciado!

¡Mi alma, virgen aún, en el sueño de los sentidos, ignora en absoluto los tormentos que producen las locas pasiones!

LATOURNELLE

¡Pues no es muy tranquilizador el epíteto que me diriges!

ODETA

Lo he empleado para poder colocar mi cita... ¿Sabes de quién es ese pensamiento?

LATOURNELLE

No, no recuerdo... ¡Ah! sí... creo que es de Racine.

ODETA

¡No, hombre, no!... ¡Es de Levongé!... Ahora voy á enseñarte mi título, mis cuadernos de notas y mis dibujos, á fin de que puedas apreciar lo que he trabajado por complacerte.

¡Y si, ni aun de ese modo consigo agradarte, tendré al menos el honor de haberlo intentado!

(*Sale corriendo; pero reaparece al instante, y levantando el portier.*)

Y esto ¿de quién es?

LATOURNELLE

¡Cáspita!... ¡Debe ser de Corneille!

ODETA

No, hombre; es de La Fontaine.

(*Sale de nuevo.*)

ESCENA V

(*Latournelle da algunos pasos, fumando un cigarrillo; luego lo tira y se sienta en actitud de abatimiento.*)

LA SEÑORA DE VERNAGE

Y bien, querido, ¿á qué viene ese aspecto de atontamiento?

LATOURNELLE

De atontamiento no... pero de aburrimiento sí.

LA SEÑORA DE VERNAGE

¿Y por qué habéis de aburriros?... ¿Queríais una mujer instruída?... Pues ya la tenéis... ¿Qué deseáis ahora?

LATOURNELLE

Quería una mujer instruída, es cierto; pero no quería una mujer sabia al estilo de Moliere, una pedante, siempre dispuesta á poner de relieve su insupportable erudición... Una mujer ante la cual no se puede decir una palabra sin que la sirva de punto de partida para un comentario científico, para una observación gramatical... ó para una cita literaria... ¡Eso es inaguantable!

LA SEÑORA DE VERNAGE

¡Al menos no podréis decir que no tiene conversación!

LATOURNELLE

¡Pero su conversación no es conversación... es una verdadera conferencia!

LA SEÑORA DE VERNAGE

Debéis comprender, amigo mío, que una mujer

que se encuentra en sus circunstancias se apresure á hacer gala de lo que sabe, sobre todo ante vos, que tan duramente la habéis reprochado su ignorancia. Pero una vez que haya pasado este primer momento... se calmará... entrará en su vida normal... tenedlo por seguro...

LATOURNELLE (*con mal humor*).

¡Sea! Pero entre tanto, os ruego que la llaméis la atención sobre un punto... No debe afectar reprenderme, ni rectificarme, como lo hace, cuando da la casualidad de que se me ha olvidado cualquier cosa... Si continúa haciéndolo así, me hará desempeñar ante las gentes, y aun ante nuestros propios criados, un papel bastante ridículo... Os diré, además, señora mía, que sus estudios me parecen deplorablemente dirigidos... la enseñan mil cosas inútiles... ó peor que inútiles... cosas que extravían su gusto y que la hacen olvidar las buenas formas propias de una mujer distinguida.

LA SEÑORA DE VERNAGE

¡Esa es también mi opinión!... Pero os repito, amigo mío, lo que tuve el gusto de deciros hace un instante: si os hubiérais tomado la molestia de dirigir vos mismo su educación, no la hubiérais enseñado más que lo que quisiérais que supiera... y todo marcharía á vuestro gusto... Y si no temiese faltar á la deferencia que os debo, os diría también que os ponéis inaguantable... ¡Cuando vuestra mujer se muestra ignorante y frívola, alborotáis la casa con vues-

tras quejas!... ¡Estudia, se instruye, se toma un trabajo inmenso por complaceros, y os quejáis más aún!... Os advierto que ese es el mejor camino para hacerla perder la cabeza... Vos no sois tan imbécil como el Rey Candaule... y, por lo tanto... espero que me comprenderéis... ¡Hasta luego!

LATOURNELLE

¡Oh! No... os ruego que no me abandonéis en tan críticas circunstancias... Reconozco que sois buena consejera... y os suplico que me aconsejéis. Deseo ardientemente que Odetta renuncie á proseguir esos estudios, que, os repito, me parecen deplorablemente dirigidos... ¿Cómo podría arreglarme para conseguirlo sin herirla ni desanimarla?

LA SEÑORA DE VERNAGE

Lo primero que debéis hacer es descender de la altura en que os coloca vuestro orgullo... y luego hablarla al alma... Este es y será siempre el medio más hábil y de éxito más seguro para conseguir de nosotras cualquier cosa... ¡Ya viene!... ¿Queréis que me vaya ó que me quede?

LATOURNELLE

¡Quedaos! ¡Como Arnoldo!

(La señora de Vernage vuelve á sentarse. Entra Odetta, trayendo cuadernos y rollos de papeles.)

OGETA *(con alegría).*

¡He aquí!... ¡En primer lugar mi título!... *(Le entrega el título.)*

LATOURNELLE *(después de mirarlo).*

¿Me le regalas, verdad?... Le conservaré como uno de mis más preciosos recuerdos.

OGETA

¡Eres muy amable!... ¡Examina ahora mis cuadernos!

LATOURNELLE *(hojeando los cuadernos).*

¡Ah! ¡Cuánto has trabajado, querida mía! ¿Y qué contiene ese rollo tan grueso?

OGETA

Mis estudios de dibujo.

(Desenrolla un dibujo y se lo presenta.)

LATOURNELLE *(admirado).*

¿Qué representa esto?

OGETA

¡Esto?... Representa una hoja de acanto del templo de Marte Vengador, y esto otro representa los óvalos del templo del mismo Marte.

LATOURNELLE

¡Está muy bien hecho!... ¡Es admirable!... *(A la señora de Vernage.)* ¿Verdad que es magnífico? *(Presenta el dibujo á la señora de Vernage.)*

LA SEÑORA DE VERNAGE

¡Oh, sí, amigo mío, magnífico!

LATOURNELLE

Y dime, querida mía, ¿no te parece que sabes ya bastante?

ODETA

¡Oh! no. Deseo obtener á toda costa el título superior.

LATOURNELLE

Por darme gusto, ¿no es cierto?

ODETA

En primer lugar por eso.

LATOURNELLE

¿Cómo que en primer lugar?... ¿Pues y en segundo?

ODETA

En segundo... por darme gusto á mí misma, porque espero... que el día que te traiga el título superior me comprarás... un caballo... una jaquita...

LATOURNELLE

Y si yo te prometo comprarte mañana la jaquita darte ahora mismo un beso apasionado, ¿renunciarás, sin disgusto, al título superior?

ODETA (*presentándole la mejilla*).

¡Ya lo creo!

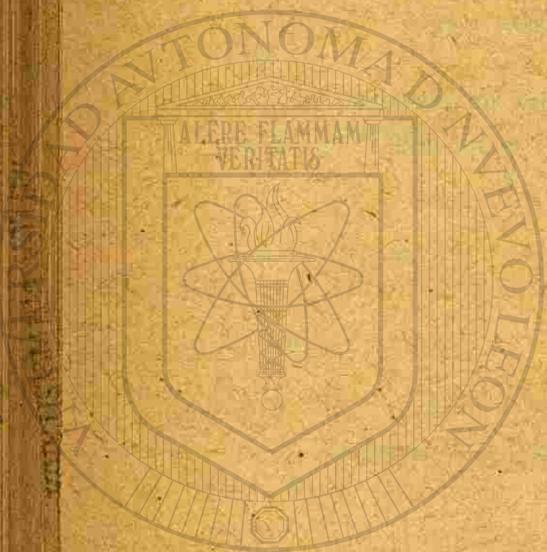
LATOURNELLE

Entonces, trato hecho.
(*La da un beso.*)

LA SEÑORA DE VERNAGE

¡Vamos, veo que no sois tan necio como yo creía!...
Abrazadme también á mí...
(*La abraza. Cae el telón.*)

FIN DE LA COMEDIA



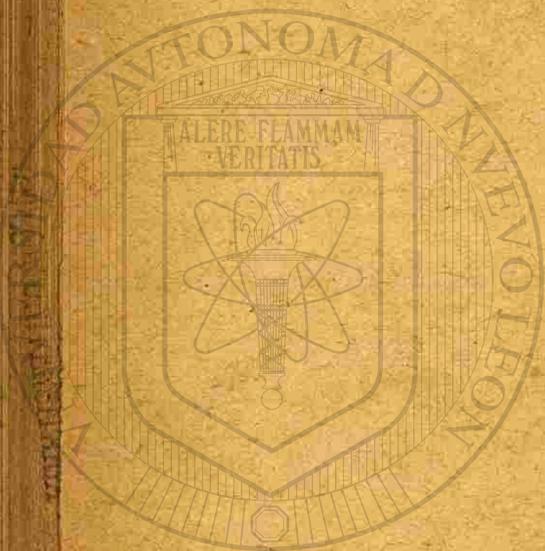
EL CURA DE BOURRON

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CALLE DE LOS RÍOS, 100
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN



BIBLIOTECA DE FONTEINEBLEAU
"AL..."
Año 1868

EL CURA DE BOURRON

Hará unos veinte años fui nombrado, aunque careciendo de méritos para ello, bibliotecario del palacio de Fontainebleau. En el mes de junio de 1868 ocupé, en tal concepto ¡desgraciadamente por poco tiempo!, las antiguas habitaciones del Ministro Louvois, situadas en el gran patio de entrada, llamado de la Herradura ó de las Despedidas.

Estaba muy bien instalado allí, acaso demasiado bien, pues mi salón era casi tan vasto como el gran salón del Louvre. Aquello era, en verdad, muy grande para un hombre solo.

En efecto: había ido solo, no creyendo prudente instalarme en Fontainebleau con toda mi familia, en primer lugar porque no debía permanecer allí más que el tiempo que permaneciese la Corte, y en segundo por un justo y profético sentimiento de la inestabilidad de las cosas de este mundo.

Aquel año precisamente debían pasar los Emperadores en Fontainebleau toda la estación de verano. Cuando SS. MM. supieron que el bibliotecario

ocupaba solo su vasta morada, tuvieron la extrema bondad de invitarle á sentarse todos los días á su mesa.

Por espacio de tres meses disfruté de aquella gracia soberana, y conservo de aquella diaria intimidad miles de recuerdos de dulzura y de tristeza incomparables. Guardo el cuaderno en que están escritos, día por día, esos recuerdos; pero no ha llegado el momento, ni sé si llegará, de entregarlos al público. Mientras llega ese día, voy á permitirme relatar un episodio de los menos íntimos.

Debo convenir en que mi plaza de bibliotecario era una verdadera canonjía. Educado en medio de los abusos del antiguo régimen, me aprovechaba de ellos con una especie de dulce inconsciencia. No tenía yo la culpa de que mis funciones no fuesen más activas. Me hallaba siempre dispuesto á dar libros á los amantes de la literatura; pero, á excepción de los habitantes del palacio, nadie me los pedía. Recuerdo que algunos curiosos atravesaban la biblioteca los domingos; pero ninguno de ellos llevaba su curiosidad hasta la indiscreción. No por eso dejaba yo de permanecer durante muchas horas subido en la escalera de manos, á la que hacía rodar con gran estruendo de un extremo á otro de la galería; pero era únicamente por entretenerme en algo.

Como saben la mayoría de mis lectores, la biblioteca del palacio de Fontainebleau está instalada en la antigua galería de Diana, encima precisamente de la galería de los Ciervos, en la que Monaldechi fué asesinado por orden y casi en presencia de la

Reina Cristina. Allí se conservaba, y supongo que se conservará aun en la actualidad, en el marco de una ventana de la biblioteca, su cota de malla, agujereada y cubierta de enmohecidas manchas de sangre.

En una extremidad de la galería de Diana se abría una puerta que daba paso al gabinete del bibliotecario, cuyas altas ventanas se abrían sobre los jardines de l'Orangerie, que eran en aquella época los jardines reservados de la Emperatriz. Es imposible que ningún poeta, ni ningún filósofo, ni hombre de estudios, pueda imaginar un retiro más agradable.

Todas las mañanas, cuando llegaba, entre ocho y nueve, á aquel lugar predilecto, experimentaba un momento de éxtasis. La estación de verano fué excepcionalmente bella y calurosa aquel año. Las grandes ventanas que daban á los jardines, completamente abiertas, dejaban penetrar en mi habitación los suaves aromas de los prados y de las flores, las frescas notas de una cascada y los dulces cánticos de los pájaros que se elevaban de la espesura de los bosquecillos. Abstracción hecha de estos ligeros y encantadores ruidos, reinaba allí el majestuoso silencio de las profundas soledades, influyendo más sobre el espíritu por la severa y grandiosa impresión que produce el interior de un palacio.

Allí recibí una mañana la visita de un anciano sacerdote, que me contó su historia con voz conmovida. Se llamaba el abate Pougeois. Desde su juventud había sido cura de Bourron, pueblo situado á algunos kilómetros de Fontainebleau, al otro lado del bosque.

Demasiado instruido para cura de pueblo, había

descubierto que un sabio orientalista de la época de Luis XIV, el padre Vansleb, dominico, que había caído en desgracia con Colbert, había ido á morir á Bourron, después de haber ejercido allí las modestas funciones de vicario.

El abate Pougeois se había identificado con una especie de piadosa pasión con la memoria de aquel infeliz y olvidado sabio; había llegado á encontrar en una capilla de la iglesia de Bourron su ignorada tumba y la había hecho restaurar. Luego, secundado en sus pesquisas por la activa oficiosidad de monsieur Champollion-Fégac, mi venerable antecesor en la biblioteca de Fontainebleau, había reunido laboriosamente todos los elementos necesarios para hacer una biografía del padre Vansleb. Mr. Champollion-Fégac le animaba en aquel trabajo, prometiéndole que lograría obtener, por mediación del Emperador, el concurso del Estado para la publicación de su libro, porque el abate Pougeois presentía, con mucha razón, que la *Vida del padre Vansleb* no había de tentar la codicia de los editores, y él, que era el más pobre de los curas de pueblo, no se hallaba, por lo tanto, en condiciones de sufragar por sí mismo los gastos de la edición.

Animado por las esperanzas que le daba Mr. Champollion, había proseguido ardientemente su obra.

Después de algunos años de trabajo había tenido la inmensa satisfacción de terminarla, y acababa de poner en limpio su precioso manuscrito, que contenía materia para un gran volumen en octavo, cuando murió Mr. Champollion-Fégac.

Este fué un golpe terrible para el pobre cura, que perdía al mismo tiempo su amigo y su único protector. Desde aquel momento creyó completamente estéril su largo y querido trabajo de la vejez, vió á su manuscrito condenado á eterno incógnito y al padre Vansleb, su héroe, sumido de nuevo para siempre en el olvido de la posteridad.

Mr. Champollion era, como él, erudito y viejo; con esos dos títulos había debido interesarse en sus sabios estudios; pero ¿qué podía esperar del nuevo bibliotecario, que ni era erudito, si siquiera viejo?

Me figuro que aparecía yo, á los ojos del abate Pougeois, como una especie de frívolo petimetre, del que no podía esperar para su padre Vansleb, ni aun para él mismo, más que una acogida burlesca.

Había hecho evidentemente un gran esfuerzo de valor para decidirse á afrontar esta prueba; le vi entrar con la vista inquieta y la frente pálida é inundada de sudor, que brotaba de entre sus blancos cabellos. Me refirió con temblorosa voz sus largos y constantes trabajos, sus esperanzas, su decepción y sus angustias.

Tuve, como era natural, un gran placer en hacerle ver lo infundado de sus temores y en ofrecerle mi apoyo, sin garantizarle, sin embargo, el éxito.

Al día siguiente me llevó su manuscrito, cuyo considerable bulto me dejó pensativo. Nunca he abierto sin temblar los manuscritos que me han hecho el honor de someter á mi aprobación; pero no había ojeado ninguno con tanta inquietud. Preciso

era que la obra del abate Pougeois fuera muy mala para que mi conciencia se negase á recomendársela á los poderosos de la tierra.

Prontó me ví libre de todo escrúpulo bajo este punto de vista. La *Vida del padre Vansleb* era una obra de lectura un tanto austera, pero muy bien escrita y bastante interesante.

Faltaba, pues, tan sólo obtener del Emperador la suma necesaria para la impresión del libro: el viejo abate calculaba que el importe de ésta ascendería á 600 pesetas.

En su inmensa pobreza, le parecía tan enorme esta cifra que no se atrevía á pronunciarla, y la expresión de su fisonomía no hubiese revelado más temor si se hubiera tratado de 600.000 pesetas.

Admitido por un sentimiento de delicada amabilidad en la intimidad de la casa Imperial, me creía con menos derecho que nadie para representar en ella el papel de intercesor pediguéño. Me había, pues, impuesto una absoluta prohibición en este punto, y sólo el tratarse de un caso tan excepcional como el del abate Pougeois podía hacerme quebrantar esta resolución. Aunque el Emperador me dispensaba siempre una acogida muy afectuosa, la familiaridad que yo podía permitirme con él no llegaba hasta el punto de poder llevarle á un rincón á fin de contarle historias y presentarle solicitudes. Pedirle una audiencia me parecía dar al asunto demasiada solemnidad, y tropezaba además con el obstáculo, de que he desconfiado siempre, de mi elocuencia.

Por fin me decidí á hacer una corta relación del libro de mi protegido, recordando la especie de compromiso que mi antecesor había adquirido con él é insistiendo en las partes interesantes y sentimentales del asunto.

Mi amable amigo Franceschini Pietri, secretario particular del Emperador, tuvo á bien encargarse de entregarle mi exposición.

Confieso que esperé con impaciencia el resultado del paso que me había resuelto á dar; por honroso que fuese el motivo, mi instancia era al fin y al cabo una petición de dinero, y las peticiones de dinero tienen siempre un carácter especial de indiscreción.

La suma no era, en verdad, tan considerable que constituyese un importante gravamen para la lista civil; pero sabía que el Emperador estaba abrumado por peticiones del mismo género, y que se había visto obligado, por consiguiente, á limitar sus liberalidades y á otorgarlas en proporción de la importancia del objeto.

¿Le parecería la rehabilitación del padre Vansleb de tan imperiosa oportunidad que se creyese obligado, en conciencia, á pagar los gastos de la publicación de su vida? Esto era bastante dudoso, y, haciendo abstracción de la mortificación de amor propio que yo había de experimentar al ver negada mi instancia, temía que el pobre viejo sufriese una amarga decepción.

Mi ansiedad no se prolongó mucho. Al día siguiente de entregar la exposición á Pietri había yo ido, como de costumbre, á las seis y media al salón

de San Luis, que se abre en la extremidad de la galería de Francisco I, y en el cual se reunían los huéspedes del castillo un poco antes de la hora de comer.

A los pocos instantes entró el Emperador: iba seguido de Pietri, quien me buscó con la vista y se dirigió hacia mí.

—Para vuestro cura—me dijo deslizando en mi mano un rollo que contenía 30 luises.

Vi que el Emperador me miraba, y me aproximé á él para darle las gracias.

—He tenido mucho gusto en complaceros—me dijo con temblorosa y dulce voz;—además, la historia de ese pobre cura me ha interesado vivamente y me ha conmovido mucho...

Dió el brazo á la Emperatriz, y pasamos, á través de un gran laberinto de salas y pasillos, á la admirable galería de Enrique II, que era donde se acostumbraba á servir la comida durante el verano, por ser el sitio más fresco. Algunas veces se sentía allí demasiado frío.

Excepción hecha de dos ó tres circunstancias excepcionales, no hubo aquel año en Fontainebleau ni invitaciones ni fiestas. La Corte se componía exclusivamente del personal de servicio, es decir, de las damas de honor, de los funcionarios de palacio que se suceden por turno en su papel y de algunas personas á quienes SS. MM. distinguían con su afecto. Rara vez se sentaban á la mesa más de quince convidados. Las comidas, sobre todo hacia el fin de la jornada, eran generalmente silenciosas. Aunque se había desterrado toda etiqueta de aquellas íntimas

recepciones, y á pesar de la insinuante afabilidad de las personas imperiales, una reserva, natural en semejante sitio, reducía la conversación á algunas palabras, cambiadas á media voz entre vecinos.

El Emperador, triste, se abstraía en profundas meditaciones con la mirada vaga y distraída, despertando de tarde en tarde de sus largos éxtasis para dirigir una pregunta cariñosa á alguno de los asistentes.

La Emperatriz, con su gracia habitual, trataba de cuando en cuando de generalizar la conversación. Pero en aquella época estaba también muy triste.

La sombra de las próximas tragedias parecía extenderse ya sobre el antiguo palacio y sobre sus huéspedes.

El Emperador, aunque ocultaba sus sufrimientos, estaba ya en aquella época gravemente atacado por la enfermedad que había de llevarle al sepulcro.

Corrían ya rumores de guerra. La autoridad del régimen se debilitaba en el interior. Los síntomas alarmantes públicos ó secretos se sucedían de todas partes. Los que rodeaban á SS. MM. hablaban entre sí de estas cosas y se mostraban preocupados. El peligro, la desgracia y el abandono se cernían ya en el aire.

Durante la *soirée* de que me ocupo, y por más que el incidente del cura de Bourron abstraía casi por completo mi pensamiento, recuerdo que me produjeron mayor impresión que de costumbre aquella especie de malestar y aquellos siniestros presentimientos que parecían pesar sobre los allí reunidos. Pen-

saba en aquellas silenciosas comidas de los últimos años de Luis XIV, de las que San Simón y la madre del Regente nos han dejado tan sorprendentes descripciones.

Durante el día había hecho un calor sofocante, y, como sucedía amenudo, iba á terminar por una tormenta que estaba próxima á descargar cuando nos sentamos á la mesa. A pesar de estar abiertas las grandes ventanas que dan al parque y al patio oval, la magnífica galería se hallaba sumida en una media oscuridad y la mesa parecía perderse en su centro. Los relámpagos se repetían casi sin interrupción, reflejando sus siniestros resplandores sobre las frescas pinturas del Primatico (1). El joven Príncipe Imperial, sentado á la derecha de su padre, contaba en alta voz los segundos que trascurrían entre el relámpago y el trueno. Era aquella una escena á la que la sucesión de los tiempos debía prestar un carácter inolvidable.

Al abandonar la mesa solíamos volver de nuevo al salón de San Luis, y allí se tomaba el café; algunos caballeros salían á fumar; otros, en compañía del Emperador, la Emperatriz y las damas, bajaban por una escalera exterior al patio de la Fuente, y de allí pasaban á la orilla del estanque de las Carpas.

Solíamos embarcarnos con frecuencia en una de las canoas ó góndolas que formaban, en el estanque,

(1) El Primatico. Pintor italiano que decoró el palacio de Fontainebleau.

una armada en miniatura y á las cuales remolcaba un vaporcito.

Después de estos paseos en barco, la Emperatriz acostumbraba á sentarse durante las pesadas noches de verano en un banco del jardín, situado delante de la puerta del salón chino, que se abría enfrente del estanque y al cual se subía por una escalera de cinco ó seis peldaños. En esta escalera, cubierta con tapices ó alfombras, nos agrupábamos en torno suyo, y la conversación se prolongaba hasta bastante tarde, contemplando el estanque, en el que se reflejaban las estrellas y las grandes sombras que le rodeaban.

Recuerdo aún perfectamente que aquella noche el lenguaje de la Emperatriz demostraba una especie de extraordinario desfallecimiento y de profunda melancolía.

Había ocurrido aquel día un suceso que, aunque insignificante, parecía, sin embargo, haberla causado una impresión demasiado viva.

Volvían los Emperadores de un paseo por el bosque, y el carruaje de la Emperatriz, en el que la acompañaba su hijo, corría á galope por el enlosado camino, cuando un individuo muy mal vestido, que tenía aspecto de italiano, y que iba delante, se detuvo bruscamente, y conservando el sombrero en la cabeza, miró á la Emperatriz, y particularmente al joven Príncipe, con aire de evidente provocación.

El Príncipe, aunque muy niño aún, comprendió indudablemente aquel insulto, porque se volvió hacia el hombre y le dirigió una mirada de desafío y

de desdén; la Emperatriz se había vuelto al mismo tiempo, con el rostro encendido y las pupilas violentamente contraídas: los oficiales de servicio se pusieron en pie en sus carruajes, dispuestos á saltar al camino; pero la Emperatriz les dijo que no se moviesen, levantó los hombros con desdén é hizo una seña á los vacilantes postillones para que continuasen la marcha.

¿Había asaltado á la Emperatriz, como nos había asaltado á algunos de nosotros, á la vista de aquella feroz y amenazadora aparición, un vago recuerdo del fantasma del bosque de Mans?

No lo sé, pero es lo cierto que estaba muy preocupada. Cuando el príncipe Imperial fué á presentarla sus infantiles mejillas, al retirarse á descansar, observamos que le besaba con más efusión que otros días; y cuando hubo partido, después de un instante de silencio:

—Espero que será valiente mi hijo... ¿No os parece?...—nos dijo.

Y repitió muchas veces como abstraída:

—¡Mi hijo!... ¡mi pobre hijo!

Después de una nueva pausa de silencio, y por una secreta correlación de ideas que fácilmente se comprende, nos empezó á hablar del Emperador Maximiliano, cuyo trágico fin era un acontecimiento reciente aún.

Había visto hacía pocos días, según nos dijo, á la joven y encantadora viuda del General Miramón, que había sido fusilado en Querétaro al mismo tiempo que el Emperador.

La señora de Miramón, que había seguido á su esposo hasta el lugar de la ejecución, había contado á la Emperatriz detalles conmovedores de aquel triste acto, entre ellos éste, que no creo que sea muy conocido:

“Dos eran los pelotones de soldados mejicanos encargados de la ejecución: uno de ellos, compuesto de buenos tiradores, estaba destinado al Emperador; el otro se componía de quintos mal adiestrados aún en el manejo del arma. Cuando llegaron el Emperador y Miramón, un oficial designó á Maximiliano el pelotón encargado de darle muerte; Maximiliano se volvió entonces hacia Miramón y le dijo: —No puedo daros más prueba de amistad que ésta: colocaos aquí, lo exijo.

E hizo colocarse á Miramón ante el grupo de soldados aguerridos, colocándose él ante el otro. Miramón murió instantáneamente; el Emperador fué acribillado y sufrió durante mucho rato.”

A la Emperatriz se le saltaban las lágrimas al referirnos aquel rasgo de suprema generosidad, cuyo heroísmo la impresionaba en el lugar más sensible de su corazón.

La tormenta que había estallado durante aquella velada sobre Fontainebleau no fué todo lo terrible que amenazaba ser. Se dispó pronto. Aún se oían caer, de hoja en hoja, gotas de agua desde lo más elevado de los gigantescos árboles que rodean el estanque, á través de los cuales pasaban repentinas ráfagas de viento.

La Emperatriz escuchaba estos ruidos de la no-

che y de la soledad durante las intermitencias de la conversación.

—¡Dios mfo!—dijo repentinamente y en voz baja, como si hablase consigo misma.—¡Cuánto me agrada vivir en un país ignorado... en el fondo de algún viejo castillo... en cuyas galerías se oyese silbar el viento!

Luego se levantó, entró en su salón, en el que una de sus damas la ayudó á quitarse el pesado abrigo, recargado de bordados en oro, y fué á sentarse al sitio en que acostumbraba á hacerlo ante la mesa de té.

Como viejo que soy, me he dejado arrastrar por mis recuerdos y he olvidado por completo al cura de Bourron.

Vuelvo á su historia.

Yo había quedado muy reconocido á la bondad con que el Emperador había acogido mi solicitud, y más aún á la delicada atención que me había dispensado al encargarme de entregar personalmente su ofrenda al cura de Bourron, en vez de ordenar que se la remitiesen por la vía oficial.

Se veía en aquel acto el fondo de amable delicadeza que era natural en el Emperador, cuya amabilidad era exquisita.

Había comprendido que tendría un especial placer en ser yo mismo el que llevase á mi protegido la fausta noticia, en monedas contantes y sonantes.

Al día siguiente, en cuanto me levanté, tomé en la plaza del Castillo un viejo cochecillo descubierto, que parecía el coche de un emigrado, y cuyo con-

ductor parecía el emigrado mismo, y me puse en marcha hacia la iglesia de Bourron. La mañana estaba tan deliciosa y tan agradable como sombría había estado la tarde de la víspera. Pronto me encontré en el bosque, admirando los efectos que producía la luz del sol al reflejarse en los salvajes arroyuelos, y respirando con toda la fuerza de mis pulmones el aromático olor de los arbustos, de los abetos y demás plantas aromáticas que crujían ya bajo el sol.

Yo experimentaba, á decir verdad, tanta alegría como un niño que consigue un capricho, al recordar que llevaba el paquete de oro en el bolsillo.

De pronto oí ruido de cascabeles á mi espalda; el viejo cochero que me conducía se volvió en su asiento, detuvo el caballo á un lado del camino y se quitó respetuosamente el sombrero. Yo me volví entonces á mi vez, y pude contemplar un cochecito tirado por dos preciosas jacas enjaezadas con bonitas guarniciones, que avanzaban á todo galope. En el asiento de detrás iban dos lacayos con librea, y en el de delante dos señoras, una de las cuales guiaba el cochecito. Reconocí en seguida á la Emperatriz y á una de sus damas de honor. Me puse en pie en mi modesto carruaje con el sombrero en la mano.

La Emperatriz pasó á nuestro lado como una flecha, me hizo un gracioso saludo y me dirigió alegremente algunas palabras, que no entendí, pero que sin embargo me encantaron. También ella parecía experimentar la influencia de aquella deliciosa mañana y olvidar por un instante su grandeza y sus melancolías.

Mi cochero emprendió de nuevo su pacífica marcha, en tanto que el cochecito desaparecía á lo lejos envuelto en un torbellino de luminoso polvo.

Me parece que fué después de atravesar el valle de los Ciervos cuando descubrí desde lo alto de una cuesta, y en el centro de una inmensa llanura, las campanas de Bourron, rodeadas de huertas y de viñas.

Veinte minutos después llamaba á la puerta del presbiterio, que presentaba el aspecto ordinario de las casitas de pueblo.

Acudí á abrirme una vieja, arrastrando una pierna que tenía paralizada.

—El señor cura—me dijo—ha ido á decir misa á un pueblo vecino, pero no tardará en volver.

Me introdujo, para que le esperase, en una sala baja y cuadrada, que servía á la vez de sala, de comedor y de despacho.

Parecía el interior frío, triste y limpio de un locutorio de convento pobre; sus paredes estaban blanqueadas con cal, y se veían colgados de ellas algunos cuadros representando santos, con marco de madera negra; había en la estancia cuatro sillas y un sillón de paja, cubierto por un almohadón viejo y estropeado.

En el hueco de una ventana se veía la mesa de nogal en que indudablemente había sido escrita la *Vida del padre Vansleb*.

Un jardín, más largo que ancho y muy bien cuidado, constituía el único lujo de aquella vivienda.

Al poco tiempo oí entrar al abate Pougeois y con-

ferenciar en la galería con la vieja sirvienta que le había entregado mi tarjeta. Se precipitó en seguida en la sala en que yo le esperaba, murmurando algunas palabras de bienvenida, sacudiendo con una mano su raída sotana y preguntándome con la vista.

—Señor cura—le dije,—vengo á traeros vuestro manuscrito...

El abate Pougeois palideció y su rostro se contrajo con expresión dolorosa.

—Y además—añadí exhibiendo el famoso rollo,—seiscientos francos para que podáis mandarlo imprimir.

—¡Ah! Señor... señor... ¿Es posible? ¡Ah, Dios mío!... ¡Qué bueno es el Emperador!... Vamos á beber una botella de cerveza á su salud, ¿verdad?... ¡Oh! ¡cuánto os lo agradezco!

Las lágrimas inundaban sus ojos. Se remangaba ya la sotana para bajar á la bodega, cuando le hice observar que yo no tomaba nada entre horas. Noté que lo sentía y que se agitaba, pronunciando nuevas frases de agradecimiento y buscando evidentemente algún otro medio de demostrarme su gratitud.

Le saqué de la dificultad suplicándole que me enseñase su jardín. Paseamos un momento por él, entre los parterres rodeados de boj, las flores de lis y las madreselvas. Yo admiraba principalmente las parras que tapizaban las tapias del jardín y que eran evidentemente la alegría y el orgullo del abate Pougeois.

Estaban á la sazón cargadas de racimos de albillo completamente maduro ya, que hacían recordar los maravillosos racimos de la Tierra de Promisión.

—¿Os gusta el albillo?—me preguntó el pobre cura con curiosidad.

—¡Oh! ¡me gusta mucho!

Su semblante tomó un aspecto malicioso y pensativo.

Luego me acompañó hasta el coche, y, cuando se alejaba éste, me siguió largo tiempo con la vista.

Al anochecer de aquel mismo día recibí un enorme cesto lleno de albillo. Mi deber estaba claramente trazado. La más elemental delicadeza me ordenaba que no aceptase aquel regalo, precio de un servicio esencialmente gratuito, y, sin embargo (aún me pongo encarnado al recordarlo, á pesar de haber trascurrido veinte años), cediendo acaso al temor de ofender á mi buen cura—acaso á la corrupción de aquellos tiempos—ó tal vez á mi sensualidad, acepté el obsequio.

FIN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAB

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUARAMANGA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

TE